

Clara Voghan

Un Saludo Distinto

*2da. edición digital
corregida y anotada*



Reading & relax, I

© Clara Voghan, 2003

Todos los derechos reservados.

Exp. 263720

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

Grupo en Yahoo

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Un buen baile¹²⁹

—¡Sos un hijo de puta!

A Damián le encantaba despertarse con la bella voz de Carla en el teléfono. Además se sentía como un verdadero hijo de puta, así que no tenía palabras para defenderse.

—Ayer me encontré con Claudio en Tribunales. Me dijo que me esperaba hoy en su casamiento... ¡Vos no me dijiste nada!

Damián tragó saliva. Él no había hablado del asunto porque no podía llevarla a la fiesta. Toda la familia de Claudio (él, inclusive), creía que estaba de novio con Marcela y que había cortado con ella. ¿Cómo aparecía ahora con Carla?. ¿Cómo justificaba que tenía dos novias?.

Dos novias. Y, de verdad, no quería cortar con ninguna de las dos. Todavía no estaba listo. Tenía mucho que pensar. ¿Pero cómo hacía esa noche?.

¹²⁹ un buen baile: expresión coloquial que significa verse implicado en muchos enredos.

Intentó por todos los medios disuadir a Carla de ir a aquel casamiento¹³⁰. Le dijo que él no iba a poder atenderla, por ser el padrino. Que incluso iban a estar en mesas separadas, porque tenía que comer con los novios. Que se iba a aburrir porque no conocía a nadie.

¡Todo inútil! Carla olía a kilómetros su desesperación, y creía que ir aquella noche ayudaría a descubrirlo en una trampa. Y eso le producía placer. Después de tantas frustraciones, le vendría bien un buen escándalo.

Cuando Damián todavía no se reponía del llamado de Carla, volvió a sonar el teléfono. Era Claudio.

—¡Sos un hijo de puta!—le dijo. —¡¿Cómo podés estar saliendo con mi prima y con Carla a un tiempo?! Me quedé de una pieza cuando me la encontré en Tribunales... Yo creí que eso ya estaba acabado...

—Soy un hijo de puta—le respondió Damián.

Y comenzó a contarle.

¹³⁰ casamiento: matrimonio, boda.

Cuando Marcela recibió el llamado de Damián ofreciéndole de ir a desayunar juntos, se emocionó. No era usual que él la invitara. Pero estaba segura de que tampoco era usual lo que tenía que decirle.

Sentía que el corazón se le salía. Finalmente iban a poder poner en palabras sus sentimientos, algo que a Damián parecía resultarle tan difícil.

Cuando vino a buscarla, sin embargo, ella comenzó a sospechar que algo andaba mal. Damián tenía muy mala cara.

Caminaron, sin hablar, hasta el bar de la otra cuadra (después del despilfarro de los últimos días, él no tenía plata para otra cosa), pero, al llegar, ella prefirió seguir de largo. Un mal presentimiento se le había cruzado.

—Tenés que ayudarme—dijo él, finalmente. — Se trata de Carla... Vos sabés que yo sigo saliendo con ella y...—.

El corazón de Marcela se rompió en mil pedazos. Otra vez se sintió en medio de su fiesta de quince. Otra vez le pareció escuchar que él decía “esta es la nena que cumple años”... Y ella allí, parada.

Creyó que las lágrimas le saltaban de los ojos, pero su orgullo la obligó a sobreponerse. ¡Ya no tenía quince años! Aunque algunos creyeran lo contrario.

Damián se había quedado callado, observándola. Había podido sentir el ruido de su corazón al partirse...

Sí, era un reverendo hijo de puta. No tenía más justificativo que la inmensa ternura que sentía por esa chiquita, que le impedía volver las cosas a como eran antes, cuando no podía besarla ni acariciarla.

—... Carla cree que en la fiesta vamos a estar juntos. Te imaginás que ella no sabe lo nuestro y...

“Lo nuestro”, pensó con furia Marcela. ¿Qué era eso para él?

—... necesito que me ayudes a contenerla, porque anda con ganas de armar un escándalo..

No era la única, pensó Marcela. Pero a ella no le quedaba ni el derecho a quejarse. Por lo menos a la otra le había mentido, en cambio a ella siempre le había dicho la verdad. ¿La verdad?

Comenzó a sentirse furiosa. Estafada.

Tomó distancia y se recompuso: ¡como si nada hubiera pasado! Después de todo, nada había pasado.

—No te preocupes. Yo voy a manejarla—dijo, con seguridad.

—Pero voy a tener que estar con las dos—dudaba él.

—¡Con las dos, no!—respondió cortante. — Yo voy a estar acompañada. Ahora tengo que irme. Nos vemos esta noche..

Marcela se fue sin siquiera saludarlo. Damián la vió alejarse, confundido.

Parecía segura, pensó. Pero no. Debía ser su orgullo. Sabía que la había destrozado. ¡Era un hijo de puta!

¿Y eso de que tenía pareja? Era mentira, seguro. ¿De dónde?. ¿O habría vuelto con “el nabo”? Eso no estaría nada mal. Eso le daría tiempo. Tiempo para arreglar el lío que tenía en su cabeza. Tiempo para destrabar su sexo y poder amar a Carla como se lo merecía. Tiempo para olvidarse de esta necesidad de Marcela que tanto lo confundía.

Tiempo.

Damián había estado hecho un idiota durante toda la ceremonia. No había encontrado los anillos cuando tuvo que alcanzárselos a Claudio. Al salir, había olvidado a la madrina en el altar, y para colmo, había pisado la cola de la novia.

En el atrio había recibido los incesantes saludos de gente desconocida, e incluso el de algunos parientes de la novia que, habiendo llegado tarde al casamiento, lo habían confundido con el nuevo esposo.

Pero a Damián poco le importaba.

Sólo intentaba encontrar entre la multitud a Marcela. A Carla la había tenido presente desde el inicio de la ceremonia: sentada en primera fila, hermosa como siempre, es un sensual vestido negro, lo había estado vigilando permanentemente. Tampoco en el atrio le perdía pisada.

En cambio, Marcela, no aparecía. ¿No habría venido?

Damián estaba buscándola, cuando sus ojos se chocaron con un hermoso escote que se extendía poco antes de la cintura, mostrando las suaves curvas de una mujer perfecta. Miró con toda la fuerza de su masculinidad, rendida ante la belleza de la propietaria de aquel vestido rojo...

Cuando sus ojos chocaron con los de Marcela, se avergonzó. No era forma de mirarla, se reprochó. Aunque tampoco era vestido para que se pusiera una chica como ella, se dijo, indignado.

Marcela observó su turbación y sonrió.

Aquel vestido acababa de pagarse solo, pensó con satisfacción.

Por una extraña burla del destino, que seguramente, a veces, se hacía llamar Claudio, Marcela compartía

mesa con Carla. Sentada una al lado de la otra eran, sin duda, las dos mujeres más hermosas de la fiesta, y el centro de atención de todos los hombres.

Damián, en cambio, en la mesa principal, sólo tenía ojos para Marcela. Le molestaba que se hubiera vestido así. No era su estilo. Parecía una..., una.... Una mujer.

El odio de Damián se iba incrementando con cada comentario que se hacía en la mesa al respecto. En general los iniciaba Claudio, que, conocedor de la situación que estaba atravesando su amigo, tenía ganas de divertirse a costa suya.

En la mesa de las mujeres también todo era diversión, de la mano del primo Tomás, encantado con la ubicación geográfica que le había tocado, delante de aquellas dos beldades solitarias.

La única que parecía un poco tensa era Carla. Si Damián la traicionaba con alguien de la fiesta, estaba segura que era con esa chica a su lado. Conocía sus gustos en materia de mujeres. No tan flacas, pechos abundantes, cola parada y cabeza bien puesta. Todas esas condiciones las tenía la tal Marcela. Además de una juventud que le resultaba francamente escandalosa... Si estaba en lo cierto, ni ella ni Damián iban a salir vivos de ahí.

Marcela, por su parte, prefería ignorar a Carla. Le dolía demasiado. En cambio, buscaba con desesperación a Ramiro. Casi se había muerto de vergüenza al llamarlo al número robado de la agenda de su madre, pero había estado tan desesperada aquella tarde que hubiera sido capaz de eso y más con tal de conseguir compañía para la fiesta.... Si ahora no venía, iba a quedar doblemente como una idiota.

Entre el primer plato y el segundo comenzaron las fotos. Los novios se paraban en cada mesa, donde una docena de flashes los retrataban junto a sus invitados, en feliz eternidad.

Al llegar a la mesa de Marcela, Claudio sonrió con malicia.

—¡A ver, Damián! ¡Vení a sacarte una foto con tu novia!—gritó hacia la mesa principal.

Todos festejaron la ocurrencia, y no tuvo más remedio que ir.

Carla y Marcela lo observaron, expectantes. El dudó un momento, pero luego se paró justo entre las dos. Las fotos fueron tomadas, y Damián se apuró a volver a su lugar, sin hablar con ninguna de ellas.

—Después les tocará a ustedes—le dijo Tomás a Marcela.

Ella la miró a Carla.

La mujer le devolvió la mirada, desconfiada. Cuando iba a abrir la boca para preguntarle algo, llegó Ramiro y fue directamente a saludar a Marcela, incluso antes de ubicarse en su propia mesa. ¡Gracias a Dios!, pensó ella.

Ramiro ya la había salvado dos veces aquella noche.

Lo terrible pasó a la hora de los postres. Entre plato y plato había que bailar, si o si, por extraña imposición de quienes dirigían la fiesta.

En el primer turno de baile Damián había permanecido clavado a su silla, pero en el segundo Carla tomó la iniciativa y fue para su mesa a sacarlo. Ramiro, mientras tanto, ya había aprovechado la oportunidad para encontrarse con Marcela.

Cuando la comida estuvo servida, las luces volvieron a encenderse. Quiso la desgracia que Marcela regresara a la mesa justo en el momento en que Damián acompañaba a Carla hasta su lugar.

—¡Damiancito, quedate un ratito!—dijo Tomás, forzando la rima.

—No... Ya tengo que irme.—respondió, con cierta urgencia.

—Quedate con tu novia...—insistió él.

Damián empalideció, mientras Carla sonreía, confiada.

—... ¡Marcelita te extraña!

—¿¿Marcela?!—gritó con furia y sorpresa Carla. —
¿¿Cómo qué...?!

No pudo decir más. Marcela le tiró “sin querer” una copa de vino blanco.

—¿Qué torpe que soy!—decía, sin dejar que Carla hablara. — Perdoname... Vamos al baño, que te lo limpio...

Damián no se reponía del susto, mientras Marcela arrastraba a su rival por el salón.

—¿Va a matarme!—, pensó, preocupado.

—¿Voy a matarlo! ¡Te juro que voy a matarlos a los dos!—gritaba, sin vergüenza, Carla en el baño. —¿Si vos y el idiota de Damián piensan que van a burlarse de mi...!

—¿Pará, pará! No es lo que vos crees...

Marcela intentaba vanamente calmarla.

—¿¿Y qué es, entonces?! ¡Me querés decir que pasa!..

—¿Nada! Entre Damián y yo no pasa nada... Lo único... Bueno, lo único es que somos novios..

Carla se le tiró a la cara, y Marcela apenas pudo contenerla.

—¡Esperá!.. ¡Esperá!.. Vos no entendés. ¡No es de verdad!

Carla frenó en su intento y escuchó. Más le valía a esa mocosa que dijera algo convincente...

—Damián y yo nos conocemos de toda la vida. Yo para él soy una hermana menor, y él para mi es... muy viejo.—Dijo esto último con cierto placer.

—¡Y por eso son novios!—insistió con furia mal contenida Carla.

—¡No! Somos novios porque yo se lo pedí, ¿entendés?. En realidad yo estoy saliendo con otro. Con Ramiro, ese tipo que vino a la mesa a saludarme...

Carla comenzó a calmarse. La historia tenía algo de lógica. Al tipo lo había visto, y era evidente que tenía onda con la pendeja. Por otro lado, era bastante más buen mozo que Damián, y mucho más joven.

—¿Salís con el otro y estás de novia con Damián?

—Es que es la única forma de salir con Ramiro. En casa no quieren que lo vea, porque mi vieja le tomó idea¹³¹. En cambio a Damián le tiene toda la confianza. Por eso le pedí que fuera mi novio. Para que me sirva de pantalla. Para que mi vieja no me marque¹³²... Sólo hasta que se afiance lo de Ramiro, nada más...

—¿Y a tu edad todavía necesitás que te dejen salir? Nenita, yo a los quince ya vivía sola...

Marcela tragó saliva.

—Pero en mi casa todo es muy tradicional. Y a él le tienen confianza. Además sabía que vos no estabas. Pero ahora todo se estiró un poco más de la cuenta... Por eso Damián está tan nervioso. El me advirtió que a vos no te gustan las mentiras...

—¡Que dulce!—se rindió finalmente Carla. Ahora que sabía la verdad, entendía todo y podía perdonarlo.

¹³¹ tomarle idea a alguien: tenerlo entre ceja y ceja.

¹³² marcar a alguien: usado en el sentido futbolístico del término. Estar pendiente de sus movimientos a fin de impedirlos.

—¡Que basura!—pensó, en cambio, Marcela. Ahora que había dicho su última mentira por él, no iba a perdonarlo jamás.

Damián, que se había quedado congelado en una silla, no se dio cuenta cuando las dos mujeres llegaron del baño. Por eso se sorprendió al escuchar la voz de Carla a sus espaldas: —Dale, Damiancito, ¿por qué no bailás el vals con tu novia?

El corazón de él se paralizó.

—Marcelita te espera—insistió Carla, mientras le guiñaba un ojo.

La algarabía volvió a la mesa. Todos querían ver a la nueva pareja bailar. Damián, confundido y aliviado, obedeció.

—¿Qué le dijiste?—preguntó, ni bien se alejaron.

—Que habías inventado esta mentira por mi. Para tapar mis salidas con otro novio..

—¡Una genialidad!—se entusiasmó Damián.

—Una mentira.—lo cortó ella. – La última que digo por vos.

Estaba enojada, pensó Damián. Pero lo perdonaría. Como siempre.

Esa mentira iba a darle más tiempo. Tiempo para descubrir porqué no funcionaba con Carla. Tiempo para saber qué era esa cosa distinta que le subía por las piernas cada vez que, como ahora, tenía en sus brazos a Marcela. Eso que le endurecía el sexo y le ablandaba el corazón...

¿Estaría enamorado?

¿Era amor esa necesidad que tenía de ella?

Tuvo miedo de sentir lo que sentía. Marcela no era Carla. Con ella no había posibilidad de mentiras. Con ella no había sexo despreocupado. Ella significaba compromiso. Y eso le daba miedo. Y, aunque resultara loco, mucho placer a la vez.

Sintió el cuerpo de Marcela junto al suyo. Algún día...

Algún día se iba a casar con ella, de eso estaba seguro.

Pero no ahora.

Para eso le hacía falta tiempo. Y acababa de conseguir un poco más.

A Ramiro no le gustó la forma en que ese tipo bailaba con su futura novia, así que decidió tomar cartas en el asunto. No estaba acostumbrado a que “lo pasaran”.

Se acercó a Damián, le tocó el hombro, y le dijo: — ¿No me la prestás?—, y sin darle tiempo a reaccionar, se llevó a Marcela.

—¿Quién es este?—pensó Damián.

Carla, al verlo solo, se le acercó inmediatamente.

—No la culpo a tu vecinita por jugarse la vida por Ramiro... La verdad que está re-fuerte..

¿Ramiro? ¿Quién era Ramiro? Damián empezaba a perder la paciencia.

—Y vos ¿de dónde lo conocés?

—De la mesa, cuando vino a saludar a Marcela. ¡Pero no te preocupes! Nadie se dio cuenta de que estaban juntos..

¿Vino a saludarla? ¿Estaban juntos? ¿Desde cuándo?

Damián los buscó con desesperación. Los vio reír mientras bailaban, y se sintió furioso. Vió el cuerpo de Marcela expuesto por la transparencia de su vestido rojo. Y lo vió tan lejano que no pudo contener su ira.

Marcela y Ramiro fueron a sentarse a un lugar apartado. Tras ellos llegó Damián, arrastrando a Carla.

Marcela fue la encargada de las presentaciones.

—Este es Ramiro... Este es Damián, mi... mi vecino. Su novia Carla...

Ambos hombres se saludaron con recelo.

Damián se sentía indignado. “Mi vecino”. Ahora era solamente un vecino.

Ramiro, por supuesto, acaparó la charla. Carla estaba fascinada con las anécdotas de su último viaje a Europa, y no tardaron en encontrar una veintena de conocidos en común. Marcela participaba en silencio, y Damián observaba de reojo.

Finalmente fue Ramiro el que decidió romper el hielo y mirando directamente a su oponente, le preguntó.

—Y Marcela y vos, ¿hace mucho que se conocen?

Marcela se adelantó a contestar.

—De toda la vida. Damián es como un hermano para mí...

Damián volvió a enfurecerse. ¡Ahora resultaba que eran hermanos! Sin embargo decidió contestarle directamente a Ramiro.

—Sí. Yo le cambié los pañales... Es decir, que si lo pensás bien, soy uno de los pocos hombres que la ha visto desnuda...

—Hasta ahora—, pensó Ramiro, pero se abstuvo de contestar. Marcela estaba obviamente molesta y él no quería avergonzarla más. A partir de ahí comenzó una guerra no declarada entre ambos contrincantes.

Damián intentó “marcar territorio”. Marcela y él tenían una vida en común, llena de chistes privados y sentimientos compartidos, así que decidió aprovecharlo, sacando a relucir una infinidad de palabras dichas a medias, qué sólo para ellos tenían sentido. Se esmeró en crear un clima de intimidad que dejara afuera a los extraños, es decir a Carla y a Ramiro.

Ramiro, en cambio, fue mucho más abierto y frontal. Sabía cuales eran las cosas que más herían el orgullo de un hombre, así que, después de extenderse largamente acerca de su Mercedes, le preguntó a Damián sobre su auto. Éste comenzó a dar vuelta las palabras para hacer ver su pobre “ciento veinticinco” casi como un auto de colección, pero a Carla le bastaron dos minutos para ponerlo en su lugar, (junto a la basura), contando infinidad de anécdotas (incluida la del aeropuerto), que avergonzaron a Damián.

Después vino la parte de los clubes. Ramiro pertenecía a todos los importantes, incluido el hípico, aunque Damián puso en duda si concurría allí en calidad de monta o de jinete. Algún chiste hizo al

respecto, pero afortunadamente nadie lo notó, excepto Marcela, que lo miró reprobadoramente. Luego vino la pregunta obligada: —¿Y vos? ¿A qué club vas?—... Damián la contestó con estoicismo: “El Círculo Urquiza”. La mesa rió al escucharlo. Damián se ofendió. El Círculo Urquiza no estaba tan mal, para ser un club de barrio.

La humillación para Damián duró hasta las seis de la mañana, hora de la pizza servida para indicar el final de la fiesta.

Luego hubo otra breve escaramuza entre los dos, para decidir quien llevaba a casa a Marcela. Pero esta vez ganó Damián. Julia lo había comprometido para que la acompañara y él no estaba dispuesto a fallarle. Ramiro, de mala gana, aceptó la derrota. No quería empezar mal con su suegra.

La casa de Carla quedaba a pocas cuadras del salón. Durante ese breve viaje no dejó de hablar de Ramiro, de lo buen mozo que era, de lo interesante, lo simpático. Cuando finalmente se bajó del auto, Damián dio gracias a Dios. Quería silencio... Quería olvidarse del idiota de Ramiro... Quería estar solo con Marcela.

Tuvo que insistir para que ella se sentara a su lado. El viaje hasta Villa Urquiza era largo, y no quería tener que darse vuelta para hablarle.

—No me hables—fue la respuesta de Marcela.

Pero finalmente cedió, y se sentó del lado del acompañante.

Damián estaba furioso. No le hablaba, como ella le había pedido, pero su enojo se notaba en su forma brusca de manejar.

Cuando llegaron, Marcela se apuró a bajarse del auto. Damián tuvo que correr para alcanzarla antes de que entrara a su casa.

La tomó del brazo con fuerza y la enfrentó: —¿Quién es ese tipo?—, preguntó él con autoridad.

—Ramiro Prieto. ¿Todavía no te enteraste? Es escribano, tiene...

—Tiene muchos años para vos..

—Veinticinco. Si él te parece grande, mi novio anterior debió haberte resultado un viejo...—dijo con intención.

Damián quedó dolido. La soltó y le preguntó con vergüenza: —¿Qué? ¿Te parece que soy grande para vos?

A Marcela no le gustaba cuando le hablaba así. ¡Maldición! Ella tenía que estar enojada y no conmovida.

—No tengo ganas de jugar, Damián. Estoy cansada.

—Yo no estoy jugando..

—¿No?—Marcela se arrepintió del giro que estaba tomando la charla. — Mejor me voy...

Quiso entrar, pero él logró retenerla.

—No quiero verte más con ese tipo.

—¡Lo lamento!

Damián dejó salir su rabia: —¡Te prohíbo que...!

—¿Me prohibís? ¿Y con qué derecho: el de amigo, el de vecino o el de novio?

—¡Con este!

Y violentamente intentó besarla.

Marcela se zafó y le dio una sonora cachetada.

No la esperaba.

—Nunca vuelvas a tocarme, Damián Lavalle. ¡Ah! Y por si no te diste cuenta, esto pone fin a nuestro noviazgo..

Marcela entró a su casa y esta vez Damián la dejó ir.

Demasiado tarde, pensó.

Marcela lloró hasta las nueve de la mañana y, finalmente, se quedó dormida. A las seis de la tarde se levantó con esfuerzo para ir a Misa.

Cuando salía de la Iglesia sintió una voz que la llamaba: era Ramiro.

Mientras lo veía acercarse, un montón de ideas cruzaron por su mente. Era la primera vez que un hombre la cortejaba de verdad. Era la primera vez que se sentía querida, admirada, buscada. Era la primera vez... Y además el tipo era buen mozo, simpático, rico... Ella podía enamorarse de alguien así. Y cuando él se acercó y la saludó, se juró a si misma que iba a hacerlo.

Aquella noche fue perfecta.

Ramiro la llevó a un restaurant desde donde se veía el río. Comieron a la luz de las velas, con música lenta, en total intimidad. Para Marcela, acostumbrada a los lujos de un Mc Donald, aquello era fascinante. Luego, transportados en la suavidad de aquel auto, con música envolvente, con la temperatura justa, fueron hasta el puerto de Olivos, varios kilómetros más allá. Cuando llegaron allí se pararon juntos a observar la noche y a escuchar el silencio. Marcela temblaba y Ramiro insistió en envolverla con su

sweater. Y sólo cuando la tuvo rodeada por sus brazos fuertes, la besó.

Ella se dejó besar.

—¿Qué siento?—, se preguntaba. —¿Qué siento?

Sentía vergüenza. Aquella boca le resultaba ajena; aquellos brazos, más delgados que los de Damián, extraños.

Pero de alguna forma lo disfrutó igual. Por primera vez en su vida formaba parte de un cuento de hadas.

Aquella noche fue terrible.

Damián había ido a la farmacia y había comprado uno de aquellos somníferos que él mismo recetaba a sus peores pacientes. Mientras esperaba su efecto, fumó un paquete entero de veinte cigarrillos que encontró en algún lugar remoto de su casa.

Durmió mal, sumido en oscuras pesadillas, y se despertó llorando.

Hacía muchos años que no lloraba.

—¡No lo puedo creer!.. ¡No lo puedo creer!

Marita se moría de envidia. — ¡Te lo levantaste¹³³!—.

Marcela le había contado su salida con Ramiro.

Realmente era algo como para contar...

—¿Y Damián? ¿Qué pasó con Damián?

—Nada..

Había tratado de no pensar en Damián, y a pesar de que aquella mañana se había despertado llorando, creía haberlo conseguido. Sin embargo, la inoportuna pregunta de Marita despertó nuevamente su dolor.

—¡Pero...!

—Damián es el novio de Carla. No tiene nada que ver conmigo..

—¡Pero entre ustedes...!

—¡Ideas tuyas! ¡A ver si te creíste lo del noviazgo!

—¡No, eso si que no! ¡A mi no me pasás¹³⁴! Vos estabas muerta por Damián, aunque ahora te hagas la distraída...

¹³³ lo levantaste: lo conquistaste.

—¡Nada que ver!—el orgullo de Marcela la obligaba a mentir. — Además, no vas a comparar a Ramiro con Damián. Ramiro es más buen mozo, más simpático, tiene más plata...

—Bueno, la plata es lo de menos..

—Eso lo decís vos, porque nunca te faltó. En mi casa, cuando murió mi viejo, hasta los muebles tuvimos que vender para poder comprar comida. ¡La plata también es importante!

Marita la miró con suspicacia. Esa no era la forma de pensar de Marcela. Nunca había mirado a los tipos por la pinta o la plata. Y, ahora que lo pensaba, nunca había mirado a otro tipo que no fuera Damián.

Algo muy raro había pasado, y, tarde o temprano, ella iba a descubrirlo.

Al salir de la facultad, Ramiro las esperaba para llevarlas a sus casas. En el asiento de Marcela había un paquete hermosamente envuelto.

¹³⁴ no me pasás: no te aprovechás de mi inocencia.

—Abrilo. Es para vos.—le dijo él. — Por nuestro primer día juntos.

Marcela lo desenvolvió con cuidado, bajo la mirada expectante de Marita. Era una cartera. Una de esas carteras carísimas que sólo se conseguían en la calle Alvear. Era hermosa... y era de color mostaza. Marcela pertenecía a una clase social lo suficientemente alta como para saber que una cartera así sólo se podía usar con zapatos y cinturón al tono, y lo suficientemente baja como para no poder comprarlos. Por eso sus carteras eran eternamente negras.

—¿Te gusta?—preguntó él.

—¡Es bárbara¹³⁵!—contestó Marita, con entusiasmo.

—Muy linda—dijo Marcela. Se sentía incómoda.

—Abrila. Hay más...

Iba a protestar cuando, desde adentro, un montón de papelitos multicolores salieron en explosión. Todos decían lo mismo: “Te quiero”.

¹³⁵ bárbara: fabulosa.

Damián tuvo una tercera entrevista con el Dr. Ramos Padilla el día martes. El viejo no era un mal tipo. Había logrado construir un imperio de cirugía estética en el país y, para aquellas pacientes que buscaban discreción, tenía también un centro en Miami, Estados Unidos (una de las mecas para ese tipo de vanidades). Buscaba ayuda y estaba cansado de arribistas que se acercaban a su clínica sólo para hacerse ricos. Necesitaba a alguien que, como él, fuera esencialmente un cirujano. Alguien que supiera distinguir entre clientes y pacientes. Y Damián era ese alguien.

Lo había visto en el hospital, rearmando una cara destrozada por la explosión de una garrafa, y no había podido creer que aquel médico joven, sin mayores conocimientos estéticos, fuera capaz de un trabajo tan perfecto. Y desde aquel mismo día lo había elegido para su equipo.

Damián había rechazado una y otra vez sus ofrecimientos. Él quería ser cirujano cardiovascular. Pero últimamente todo en su vida había cambiado. Ya no era un chico. No podía correr atrás de un sueño que no se concretaba. Para dedicarse a la parte cardiovascular en forma rentable, había que tener experiencia en el exterior, y él no podía pagar ese tipo de aventuras. Trabajando en hospitales públicos, en

cambio, el camino era largo y sacrificado. Y él ya tenía treinta y un años..., y era pobre..., y estaba terriblemente cansado.

Un noviazgo formalísimo

—Esta noche la llevo a cenar a casa—dijo Ramiro con orgullo

—¿No será una de tus putas, no?—preguntó su padre, con suspicacia.

—No, viejo. Esto es serio. ¿No querías que sentara cabeza?

—¿Y de dónde sacaste esta... “novia”. Mirá que hay mucha atorranta¹³⁶ suelta y...

—¡Es la hija de Julia!

—¡Ah!.. Eso es otra cosa..

Ramón Prieto no era un hombre de mundo. Eso se lo dejaba a su hijo. Apenas tenía sexto grado¹³⁷ aprobado. Pero si algo había aprendido en la vida era a hacer plata y a tratar a las mujeres... Era muy

¹³⁶ atorranta: puta.

¹³⁷ sexto grado aprobado: la escuela elemental terminada.

mujeriego. Cuando vió a Julia por primera vez en la escribanía se le hizo “agua a la boca”. Sus hermosas facciones, su figura rellena y algo amatronada, eran todavía atrayentes para un viejo cazador como él. Pero ni bien había comenzado a tratarla se dio cuenta de que era de esa clase de mujeres en extinción, con las que no se podía jugar. Y él, frecuentemente tan soez y ordinario con el sexo opuesto, sabía a quien debía respetar. No como su hijo, que continuamente tenía problemas... No era mal chico, sin embargo. Lo que le faltaba era una buena esposa. Una mujer complaciente que aceptara con resignación algunas de sus particularidades. Una mujer como las de antes...

Una mujer como Marcela Bianchi.

—El arreglo es que solamente dejo uno de los hospitales, y esas ocho horas semanales las dedico a operar en su clínica. Me inscribo como trabajador autónomo y le facturo honorarios por cada intervención... Al principio quiere que opere los pacientes del hijo, porque parece que a Junior no le tiene mucha confianza como cirujano.

Carla se distrajo una vez más con la gente que entraba a la confitería¹³⁸. La charla de Damián le resultaba aburrida. Y no era que ella desaprobara que finalmente hiciera algo rentable con su profesión. No. El problema pasaba por otro lado. Desde su regreso de Harvard que no tenían relaciones... Últimamente, ni siquiera lo intentaba. Ella necesitaba pocas cosas de un hombre. El dinero, la posición y el prestigio, podía conseguirlos sola. El sexo, en cambio... Como lo había comprobado en aquellos días, no era lo mismo.

—Vamos a tener que cortar con ésto, Damián...

—¿Con qué?—preguntó, sorprendido.

—Con esta relación. Sos muy buen tipo, e incluso creo que sigo un poco enamorada de vos. Pero a mi el tiempo no me sobra. Laburo¹³⁹ dieciséis horas diarias, y en lo que queda del día quiero “relax”. Y vos, últimamente...., tenés la vida muy complicada...

Damián la miró, sin entenderla. En todos sus años nunca lo había plantado una mujer. Y al pensar en eso

¹³⁸ confitería: lugar elegante con mesas y sillas donde se sirve el te o tragos alcohólicos.

¹³⁹ laburo: trabajo.

pensó en Marcela. Y una vez más, como todos aquellos días, repasó mentalmente la noche fatal en que la perdió.

Carla lo vió desmoronarse y, brevemente, sintió lástima por él.

—Esto no tiene que ser definitivo... En otro momento, quizás volvamos a encontrarnos.

—Sí..., quizás volvamos a encontrarnos...—repitió Damián como un autómatas. Pero sabía que eso era imposible...

Esta vez había perdido a Marcela para siempre.

Un mes era poco tiempo para entrar en casa de los Prieto como novia oficial. Marcela había hecho una ligera oposición al compromiso, pero Ramiro la había parado en seco: —Yo no jodo¹⁴⁰ cuando estoy a tu lado. Estoy con vos porque te quiero. Porque quiero casarme..

No había podido responderle. Y eso le pasaba muy seguido cuando estaba con él. Ramiro tenía una forma

¹⁴⁰ joder: en la frase, tomárselo a broma.

de pedir las cosas que en verdad la intimidaba. Como aquella vez de la cartera mostaza. Cuando había visto que, al día siguiente de regalársela, no la usaba, le había preguntado: —¿Qué pasa con la cartera? ¿No te gusta?—. Ella le había respondido avergonzada: —No... Es hermosa. Es que la estoy guardando para una ocasión especial...—. Y entonces el le había replicado: —¿Y qué? ¿Salir conmigo no es una ocasión especial? ¿O tenés que hacer cosas más importantes?—... No había estado brusco, pero había logrado hacerla sentir culpable.

Lo mismo ocurría con el tema de la facultad. Ramiro no parecía darle importancia a su carrera. Siempre había una salida hasta la madrugada cuando ella tenía una entrega. Y si protestaba, él le imponía su voluntad con dulzura, compensándola luego con algún mimo sorprendente.

A pesar de éso, Ramiro era todo lo que ella podía pedir en un hombre. La llenaba de regalos, le mostraba un mundo de lujo y placer que desconocía. Y, lo más importante, era muy delicado cuando estaban solos. Desde el principio él le había jurado que iba a respetar su virginidad y, hasta ahora, lo había cumplido, a pesar de que, obviamente, debía hacer grandes esfuerzos para lograrlo. La intimidación no era la parte que le resultaba más fácil a Marcela, así que ella agradecía enormemente su actitud.

Pero ahora estaba lo de la cena.

La casa de los Prieto no era el lugar donde se sentía más cómoda. El padre era un hombre bastante vulgar, y le había visto tener algunas actitudes con las mucamas que... La madre, en cambio, parecía ser una buena persona. En general no hablaba, y cuando su marido levantaba la voz parecía asustarse. Pero aquella noche en particular se había mostrado bastante locuaz con Marcela.

Finalizada la cena, la mujer la había arrastrado hasta su cuarto. Allí había comenzado a hablarle de su hijo, mientras buscaba algo en un inmenso placard, repleto de trajes de hombre.

—Es un buen chico... Tiene sus cosas, como el padre. Pero en el fondo es cariñoso. Y vos sabés como hay que hacer si querés que un hombre no te falte. Hay que decir a todo que sí. Eso les gusta...

Marcela la escuchaba hablar con una sonrisa en los labios. Ya no quedaban mujeres como esa. Y si ella creía que Marcela era de las del tipo complaciente..., todavía no la conocía.

—... , a los hombres les gustan esas cosas... Ramirito a veces tiene un poco de mal carácter, pero en seguida se le pasa. Y cuando vos quedes en “estado”¹⁴¹ , vas a ver como sienta cabeza...

La búsqueda de la mujer terminó cuando de un estante extrajo una pequeña caja que le alcanzó a Marcela.

—Ésto es para vos. Era de mi bisabuela. Su anillo de compromiso. Yo lo guardaba para cuando tuviera una hija, pero... , ya ves, Ramón no quiso tener otro...

Marcela miró el anillo que había en el interior de la caja y se sintió como una ladrona.

—Yo no puedo aceptar ésto.—le dijo.—No me pertenece. Con Ramiro apenas empezamos a salir y todavía es muy pronto para...

En ese momento apareció Ramiro en el cuarto.

—¿Ya se lo diste?—le preguntó a su madre.

Marcela comenzaba a desesperarse.

—Decile vos, por favor. Yo no puedo aceptarlo...

¹⁴¹ quedar en estado: frase en desuso, quedar embarazada o preñada.

—¡Dejate de pavadas!—insistió él. — Este anillo ha pertenecido a las mujeres de mi familia por más de cien años. Ahora te toca a vos...

—¡Yo no quiero aceptarlo!.. ¡No puedo!..

Marcela vió la desilusión en la cara de la señora Prieto.

—... Por lo menos, no hasta el día en que nos casemos... Es muy valioso y podría perderlo... Guárdelo usted, por favor..

La madre de Ramiro sumisamente volvió a esconder la caja con el anillo.

Su hijo, al verla, tomó a Marcela de la cintura y, dirigiéndose a su madre, dijo: —Vieja, no la tape tanto, que dentro de poco la va a tener que volver a sacar...

Aquella noche Marcela tuvo una agria discusión con Ramiro. Ella no estaba segura de sus sentimientos, (¿o sí?), y todavía le parecía muy pronto para hablar de matrimonio. Él, al principio, comenzó a presionarla, pero al notar que ella se endurecía, decidió ceder y cambiar de tema.

A la mañana siguiente llegaron a la casa de los Bianchi cuatro docenas de rosas en una canasta. Y en el medio de las flores: ¡la caja con el anillo de

compromiso! La nota decía: “No vale la pena discutir por tan poco”.

Cuando Marcela llamó a casa de los Prieto para reprocharle, Ramiro se escudó: —Fue idea de la vieja..., ¿querés que se lo devuelva?

Ella sintió una presión en la garganta pero calló.

Otra vez.

—¡Bueno! Viniste a visitarnos... ¿Dónde te habías metido?

Inés llegaba exhausta del quirófano, y la presencia de Damián había logrado reanimarla. —¡Claro! Ahora que sos el cirujano de las estrellas no te mezclás con la plebe...

—¡Dale! ¡No me cargues¹⁴² ...!

—¡Como! Vi tu nombre en la revista Gente. La “señora” se llenaba la boca con vos... ¡También! Tiene razón en estarte agradecida: la dejaste hecha una pinturita..

¹⁴² cargar a alguien: burlarse de esa persona.

—¡Ni me hables! Después de esa nota mi vida se convirtió en un manicomio. Con decirte que tuve que largar¹⁴³ todo lo otro...

Inés se puso seria.

—¿Cómo? ¿Ahora solamente estás con Ramos Padilla?

—Laburo más de catorce horas al día con él. No tengo tiempo para el hospital..

—¡Mirá vos!.. Pensar que hace poco creías que hacer estética era como venderle el alma al diablo...

—Lo sigo creyendo..

—¿Qué pasa? ¿No te importa perder tu alma?

Damián se apesadumbró.

—No se puede perder lo que ya no se tiene...

Inés lo miró de reojo. Estaba tan buen mozo como siempre, pero había algo en su mirada que parecía haberse apagado.

¹⁴³ largar: dejar.

—Entonces, por tu vida sentimental mejor no pregunto..

—No. No preguntes..

Como por arte de magia, aquel hombre grande y seguro desapareció ante los ojos de Inés, dejando presente apenas su sombra.

—Lo supiste desde el primer día, ¿no?—dijo Damián, al fin.

—¿Qué?

—Que estaba locamente enamorado de ella..

—Desde el primer día..

—¿Y porqué yo...?—a Damián se le ahogó la frase en la garganta.

—¿Vos lo tuviste a Bello en Neurología?—preguntó Inés. —¿Te acordás de Bello? El petiso, pelado...

—Puede ser...

—Bueno, me acuerdo que en una clase Bello contó que las mujeres tenemos un centro del habla en cada uno de los dos hemisferios cerebrales, mientras que los hombres sólo lo tienen en uno ¡Por eso que las chicas nos lo hablamos todo!.. En cambio ustedes... , ¡pobrecitos! ¡Como les cuesta!.. A veces cuando discuto con Tito, mi marido, y me pone esa cara de

computadora¹⁴⁴ recalentada, me acuerdo de Bello, ¡te juro!.. Y cuando te veía... ¿No la podés reconquistar?

—Está comprometida y va a casarse..

—Seguro que el otro no es mejor que vos...

—Es más joven, más rico, más simpático...

—¿Y a pesar de que le dijiste que la querías, ella lo prefirió?.

Damián la miró, desconcertado.

—Bueno..., yo nunca le dije que la quería.

Inés sonrió. ¡Cuanta razón tenía Bello!

¹⁴⁴ computadora: ordenador.

Confesiones

Ramiro había estado especialmente “cariñoso” con Marcela aquella noche. Mientras escuchaba su respiración entrecortada, ella se sentía casi una prostituta a su lado, porque ni bien el comenzaba a besarla su mente se ponía a vagar, distante de todo sentimiento.

Esa noche en particular, Marcela, cargada de culpa, se lo había terminado confesando con vergüenza. Le había hablado una vez más de sus dudas sobre ese noviazgo, que quería con la cabeza, pero no con el corazón.

Él la había tranquilizado y, nuevamente, la había hecho callar.

—Una mujer no tiene que ser ardiente —le había dicho. — La pasión de ustedes pasa por otro lado. Pasa por los hijos, la casa... ¡Ya vas a ver! Además, con mi calentura¹⁴⁵ basta y sobra en esta pareja...

¹⁴⁵ calentura: excitación sexual.

Marcela lo escuchaba en silencio. Sabía que lo que decía no era cierto. Sabía lo que su cuerpo había sentido con cada beso de Damián, con sus caricias. Sabía lo que su sexo le reclamaba cada noche cuando pensaba en él...

Y se avergonzaba. Por eso había callado. Otra vez.

Cuando Marcela llegó a su casa pudo escuchar los gritos que venían de la cocina. La voz de Alberto resonaba por el patio.

—¡Es mi vida, y hago lo que quiero!

Su madre, en cambio, lloraba quedamente.

—¿Qué pasa acá?—preguntó asustada, al abrir la puerta.

—Tu hermano dice que va a casarse con Lola—gimió Julia.

Marcela empalideció. Ya se había olvidado de Lola... Aquello quedaba a una vida de distancia.

—No podés casarte —dijo finalmente.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?—la desafió Alberto.

—Porque no... , porque... – se confundió Marcela.

—Porque me quieren cagar¹⁴⁶ la vida, ¡por eso!

—No, no es por eso...—dijo la madre de Alberto, en un suspiro.

—¡No! ¡Claro que no es por eso!—Marcela sintió crecer la furia en su interior. —¿Querés que te diga porque es? ¿Eh? ¿Querés que te lo diga?.

—¡A ver! ¡Decime!—la desafió.

—¡Porque es una puta, Alberto! ¡Enterate! Lola es una reverenda puta...

Alberto la miró, descolocado. Ella nunca decía malas palabras. Por eso sonaban más insultantes viniendo de su boca.

—¿Y sabés lo que sos vos? Una celosa de mierda sos...

—¡No! ¡No soy celosa! Lo que te digo es verdad: es una puta. Ella fue la que lo llamó a Damián esa mañana. Me pidió el número a mi y lo llamó, la muy puta. ¡Esa es la verdad!..

¹⁴⁶ cagar: en la frase, arruinar.

Alberto quedó pensativo por un momento, pero después reaccionó.

—Vos estás loca, ¿no?. Sos capaz de cualquier cosa con tal de lograr lo que querés... ¡Hasta de ensuciarlo a Damián!

—Yo no digo que Damián haya tenido la culpa. Si no, no lo hubiera ayudado simulando que era yo la del teléfono...

—¡Ah! Y los besos que le dabas... ¿también los simulaste?

Marcela agachó la cabeza.

—Eso es otra cosa—dijo.

—¡Mirá! ¿Sabés lo que creo yo? Que vos estás tan caliente¹⁴⁷ con Damián porque te metió los cuernos con Carla, que ahora me decís esto para que yo lo mate. ¡Pero no te voy a dar el gusto!

—¡Pero, Alberto!

—¡Nada! El miércoles cinco me caso, y al día siguiente me voy a vivir a New York, lejos de esta

¹⁴⁷ caliente: en la frase, enojada.

familia de mierda. Y al que no le guste, ¡que se joda¹⁴⁸!

Un súbito resplandor que venía de la ventana le hizo abrir los ojos. La luz del cuarto de estudio se había encendido. Hacía muchas noches que Damián había esperado en vano ver aquella luz, porque entonces se asomaba por la ventana y, sin que ella lo supiera, podía ver a Marcela ante su tablero, y recordar.

Recordar aquellas otras noches serenas que habían pasado juntos. Sentir la cabeza de ella rozando la suya, el placer de dibujar planos a su lado. Era irónico pensar que aquellos trabajos de armonías y proporciones terminarían sirviéndole para componer narices y enderezar fealdades...

Se levantó y comenzó a observarla.

Su corazón dio un salto. Marcela estaba llorando.

—Si ese estúpido le hizo algo...—pensó, mientras sus propios ojos se llenaban de lágrimas.

¹⁴⁸ que se joda: que se embrome.

Entonces la vió tomar el teléfono. Y le dolió. Ahora era el otro el único que tenía derecho a consolarla. Se sintió terriblemente solo y deseó que, aunque fuera esa única vez, fuera su teléfono el que sonara...

Y sonó.

Lo tenía a su lado, así que levantó de inmediato el tubo y, sin preguntar quién lo llamaba, dijo:

—¿Por qué estás llorando, Marcela?

Ella se sorprendió, pero después miró hacia la ventana y comprendió.

Sintió el calor de la mirada de él recorriendo su cuerpo y se avergonzó, pero no por Damián, sino por lo que su propio cuerpo le reclamaba.

—Alberto se va a casar—murmuró finalmente, cuando pudo aquietarse.—Le dije la verdad, pero no me creyó...

—No te preocupes, yo voy a hablarle. No vale la pena que llores por eso. Lo voy a convencer...—trató de consolarla.

—Gracias...

Marcela no cortó, y Damián tampoco. Se quedaron callados, escuchando el silencio del otro.

—Marcela.

Se asustó. — Es tarde, tengo que cortar—dijo.

—¡No, esperá! Tengo algo que decirte...

Ella escuchó en silencio.

—A mi me pasan cosas con vos¹⁴⁹.

El corazón de Marcela comenzó a latir enfurecido. Su cabeza daba vuelta.

—¿Me escuchaste?—insistió Damián.

Ella recordó el anillo guardado en su cuarto y respondió, con dolor, casi en un susurro.

—Yo..., tengo novio..

—Ya sé. Sólo quería que lo supieras.

Marcela apagó la luz y colgó. No quería que Damián la viera llorar.

El teléfono sonó, y al levantarlo se apuró a decir: — ¡A mi también!

Del otro lado, la voz de Ramiro la sorprendió.

—¿A vos también, qué?

—Yo también te quiero...—susurró ella y cortó.

¹⁴⁹ que pasen cosas con alguien: sospechar que se está enamorado de esa persona.

A la mañana siguiente Damián pospuso dos operaciones. Esos rollitos habían estado en aquellas barrigas durante años y podían estarlo unos días más. Él era incapaz de hacer algo así en el hospital, porque respetaba el dolor del otro, pero allí podía hacerlo porque simplemente se trataba de vanidad.

Sólo cuando tocó el timbre de Alberto y sintió su voz adormilada, dudó. No quería perder también a su amigo. Ya estaba lo suficientemente solo...

Pero bastó recordar el llanto de Marcela para tomar nuevo impulso y enfrentarlo.

—Es raro que vengas esta mañana, porque estuve toda la noche pensando en vos... ¡No me vas a creer lo que dijo Marcela!—dijo con furia mal contenida.

—Alberto, fue Lola la que me llamó. Quería salir conmigo... Es una puta, hermano... De verdad..

Alberto lo miró. Y su mirada le dio miedo.

—¿Sabés porqué no te rompo la cara¹⁵⁰ a vos? ¿Sabés porqué no te mato? Porque se que estás hecho

¹⁵⁰ romper la cara: golpear a alguien en el rostro.

un pelotudo atrás de mi hermana, y que sos capaz de prestarte a cualquier cosa por reconquistarla...

—No, eso no, Alberto. Te juro que lo que digo es cierto...

—¿Y simulaste lo de Marcela para proteger a Lola, no?

—Para protegerme a mi...

—Y entonces la metiste a Marcela y jodiste¹⁵¹ también con ella. ¡Tengo que matarte dos veces, entonces!

—No. Lo de Marcela fue distinto. ¡Matame, si querés, por ella!.. ¡Me lo merezco, por boludo! Yo estoy enamorado de Marcela. Siempre estuve enamorado de ella, pero fui un pelotudo y no me di cuenta hasta que la perdí. Y ahora estoy hecho mierda. Solo. Sin futuro... Sin mi alma. Me da lo mismo que me mates, Alberto. Pero, al menos, salvate vos... Esa mina no te merece..

Alberto se dio vuelta y descargó un puñetazo contra una puerta, que cedió ante la fuerza de su ira, y, sin mirar a Damián, le dijo:

¹⁵¹ jodiste: jorobaste, molestaste.

—Andate... Te salvás porque no estoy seguro de creerte... ¡Esta vez la sacás barata!

Cuando Marcela se subió al auto, Ramiro se dio cuenta de que había estado llorando. — Otra vez está con esas...—pensó.

—Vamos al Tattersal. Hoy hay fiesta toda la noche...

—No tengo ganas—contestó Marcela. — Tenemos que hablar...

“Tenemos que hablar”. Ramiro sabía lo que eso significaba. Y ya se estaba empezando a cansar de las dudas de ella. Tenía que apurar el casamiento...

Aceleró y subió el volumen de la música.

—¿Te gusta? Recién acaba de salir en New York...—dijo, a los gritos.

Marcela bajó la música y volvió a decir: — Tenemos que hablar...

En ese momento el auto tuvo que parar en un semáforo. Un chico de la calle¹⁵² se acercó para

¹⁵² chico de la calle: mendigo.

limpiar el parabrisas. Ramiro le hizo señas de que no lo hiciera, pero el chico insistió. Entonces él, mientras que con una mano aplastaba la cara del chiquito contra el vidrio, con la otra manoteaba un arma, (Marcela no pudo ver de donde), y le apuntó.

Los ojos del pibe se llenaron de terror.

—No quiero que me lo limpies, ¿entendiste?—dijo con autoridad.

Cuando lo soltó, guardó la pistola y aceleró. Parecía divertido y excitado.

Complacido, comentó: —¿Le viste la cara?! ¡Cagado¹⁵³ estaba!

Marcela se estremeció. Nunca iba a poder olvidar la mirada de aquel chico.

Ahora sabía lo que era el miedo.

¹⁵³ estar cagado: estar asustado.

Encuentros

La había visto desde el otro extremo del salón. Algo en ella lo conmovía. Era chiquita, menuda, de unos veinte años. Tan parecida a... Y tan distinta.

—¿Vos estás tan aburrida como yo?

Marita lo miró sorprendida. Ese tipo era increíble. Y le estaba hablando.

—No. Creo que un poco más... Marita, ¿qué tal? .

—Hola, Marita. Yo soy Damián –

Marita casi se atraganta. ¿Damián? ¡Que coincidencia! Justo uno que se llamaba Damián...

—¿Y qué es de tu vida, Damián? .

—Eso es muy largo... Porqué mejor no hablamos de la tuya, que seguro es más corta. A que tenés... veinte años..

—Veintiuno —, mintió Marita. El tipo se veía bastante grande y no quería espantarlo.

—¡Viste que ojo¹⁵⁴!.. Es que me hacés acordar a... alguien..

—Vos también me hacés a acordar a alguien. Y justo se llama Damián..

—¿Ah, sí? Espero que sean buenos recuerdos... Y ¿a que te dedicás, Marita? ¡Pará!, no me digas nada, dejame adivinar: computación..

—¡No, nada que ver! Arquitectura .

El corazón de Damián dio un salto y se puso serio.

—¿Y vos?—insistió Marita.

—Soy cirujano...

Marita casi se desmaya. ¡Era Damián! Finalmente un tipo que valía la pena se le acercaba y era justo el tipo del que estaba enamorada su amiga.

—¿Conocés a Marcela Bianchi?—preguntó él, con emoción en la voz, que ella no pudo dejar de notar. – Ella también estudia arquitectura.

—No—mintió. – Hay tanta gente en la facultad...

¹⁵⁴ tener ojo: acertar.

—Vos me la recordás mucho... Son muy distintas, en verdad. Ella es rubiecita, un poco más alta... Pero no se porqué me la recordás...

—En cambio vos te pareés mucho al otro Damián. ¡A él también le gusta rescatar chicas aburridas!

—Y si estás tan aburrida, ¿porqué no nos escapamos de esta fiesta?

—¡Dale!—dijo ella.

Y se fueron juntos.

—¿Conocés a los Feldman?—preguntó Ramiro.

—No. No los conozco—contestó Marcela.

—¿Cómo que no los conocés?—. Él parecía contrariado.—Viven a dos cuadras de tu casa...

—Pero no los conozco, te dije...

—Lástima... Buena gente los Feldman. Jubilados¹⁵⁵ los dos... Un poco incumplidores, eso sí. Y eso está mal. Eso está muy mal... Porque cuando uno se compromete hay que cumplir, ¿no te parece?

¹⁵⁵ jubilados: pensionados.

—No entiendo, ¿de qué estás hablando?

—Ya te dije: de los Feldman. Son buena gente. Pero quieren hacerse los vivos¹⁵⁶. Y a mi no me gusta que me pasen... Yo les presté plata, la gastaron y ahora no quieren pagar...

—Por ahí no pueden...

—No quieren, no pueden..., para mi es lo mismo. No es bueno andar cagando a la gente. Es peligroso..

Marcela calló. Desde aquel día en que lo había visto empuñar un arma él había cambiado con ella. Había comenzado a levantarle la voz por tonterías, y a decirle cosas que, como ésta de los Feldman, no tenían sentido. Ella apenas le contestaba: estaba asustada.

Durante varios días Marcela estuvo buscando a su amiga Marita en la facultad. Ella parecía estar esquivándola últimamente. Llegaba tarde, se iba temprano. No iba a la Cultural, y Marcela se sentía infeliz, porque necesitaba desesperadamente alguien con quien hablar. Alguien a quien contarle el miedo

¹⁵⁶ hacerse el vivo: pasarse de listo.

pánico que le producía Ramiro. Alguien a quien decirle que Damián la quería. Alguien que supiera todo el amor que ella sentía por él.

Marita no era una amiga en quien confiar, pero al menos le gustaba escuchar. Y Marcela estaba enloqueciendo de silencio y soledad.

Fue la primera noche en meses en que Damián durmió de un tirón.

Aquella chiquita, tan parecida y a la vez distinta, le había devuelto algo de su alma. Acariciándola le parecía recuperar a Marcela... Sintiendo ese temblor joven de la inexperiencia calentaba otra vez su sexo y su corazón. Protegiéndola imaginaba una vez más rodear con sus brazos a Marcela, como lo había hecho siempre... , mientras guiaba sus primeros pasos, en sus tareas escolares, en sus planos...

En la vida.

Si Marita quería dejarse amar, él podía hacerlo.

Había mucho amor que le andaba sobrando...

Cuando Marcela entró al auto notó que había un recorte de diario en su asiento. Sabía lo meticuloso que era Ramiro respecto de todo aquello que pudiera manchar su Mercedes, así que lo levantó y por un

momento dudó donde colocarlo. Teniéndolo en la mano pudo notar que algunas palabras estaban marcadas con rojo. “Extraños asesinatos en Villa Urquiza” era el título del artículo. Subrayados estaban los nombres “Mauricio y Clara Feldman”, la palabra “sexagenarios”, y la frase “ajuste de cuentas”¹⁵⁷.

Marcela lo leyó con terror y Ramiro dejó que lo hiciera. Luego le dijo: —Ya no sirve.... Podés tirarlo..

Damián era lo mejor que le había pasado en la vida, y realmente estaba muy enamorada.

No le importaba que en medio de algún beso la llamara Marcela. Que alabara en ella cosas solo existentes en la otra. No le importaba nada. Ella lo quería con locura. Y si tenía que convertirse en Marcela para retenerlo, lo hacía.

Había dejado de maquillarse, no decía malas palabras, escuchaba más que hablaba. Eso y mucho más estaba dispuesta a hacer por él.

¹⁵⁷ ajuste de cuentas: término usado entre delincuentes para la venganza.

Desde la primera noche Marita había querido entregársele, rendida por la fuerza de su sexo duro y poderoso, pero Damián no la había dejado. Le había hablado del respeto que tenía que tener por su propio cuerpo. De la importancia de la primera vez. Del tiempo que necesitaba una mujer para alcanzar el placer, y del derecho que tenía de lograrlo. Le había hablado con toda la dulzura conque solía hacerlo con Marcela... Ella no se había equivocado al describirlo. Y por eso Marita lo amaba, tanto como lo amaba la otra. O más. Porque nunca lo hubiera dejado por Ramiro, ni por nadie. Porque nunca lo iba a dejar. Ni por Marcela...

Ahora Damián era suyo. Fuera como fuera.

Mientras estacionaba¹⁵⁸ el auto, Ramiro seguía hablando de un departamento para ellos. Insistía con eso del casamiento y Marcela ya no se animaba más a hablar de sus dudas (o sus certezas). ¡Igual no la escuchaba!

¹⁵⁸ estacionar: aparcar.

Entonces ella mencionaba su carrera, el tiempo que le faltaba para recibirse.

—¿Para qué querés un título?—repetía siempre Ramiro. — No pensarás que mi mujer va a trabajar. ¡Dejá eso para los muertos de hambre!

—A mi me gusta...—contestó ella, tímidamente.

—¡Y está muy bien! Para eso quiero comprar el departamento. Así te olvidás de las entregas y los parciales y te dedicás tiempo completo a decorarlo. ¿Qué te parece?

Ella calló, como siempre lo hacía. Y él llenó ese silencio con sus propias palabras... Como siempre.

Juntos entraron a aquella confitería, el lugar más de moda de Buenos Aires.

Él solía rodearle el cuello con su brazo y ejercía cierta presión para llevarla donde quería. Pero esta vez, al entrar al lugar, ella se soltó. Quedó paralizada.

Ramiro vió hacia donde ella miraba y comprendió.

—Es tu vecino, ¿no?. ¡Y está con Marita! Mirá que bien, el guacho...

Vió la expresión en la cara de Marcela y volvió a comprender.

—Vamos a sentarnos con ellos. Me gusta estar con gente enamorada...—insistió él.

Y diciendo esto la arrastró hacia aquella mesa que ella hubiera preferido no haber visto jamás.

Cuando llegaron allí, Ramiro se apuró a decir: —
¡Los pescamos¹⁵⁹!

Damián, que comenzaba a besar a Marita, y no se había dado cuenta de su presencia, se sorprendió. Y al descubrir los ojos de Marcela en los suyos se estremeció.

Ella se quedó parada mirándolo, con dolor e incredulidad.

—Dale, sentate.—Ramiro casi la empujó. Disfrutaba con la situación.

Marita, en cambio, estaba pálida.

—¡Mirá vos! No sabía que los habías presentado...—dijo Ramiro a Marcela para tratar de alejar su mirada de la de Damián.

—Yo no sabía que se conocían—dijo Marcela, con un hilo de voz.

—¿Cómo?—Damián miró extrañado a Marita.

¹⁵⁹ los pescamos: los encontramos “in fraganti”.

—Ella es mi amiga de la facultad, ¿no lo sabías?— preguntó Marcela a Damián, con tono de reproche.

—No—contestó él, confundido.

—Nunca hablamos de vos...—mintió Marita. — Nos conocimos por casualidad—se justificó.

—Bueno...—dijo Ramiro, haciéndose el tonto de lo que allí pasaba. —¡Esto es bárbaro!.. Podemos salir los cuatro... Eso si no les molesta que Marcela y yo nos pongamos cariñosos...

Dijo esto último mientras empujaba la cara de Marcela contra la suya, para besarla.

Luego insistió: —Ustedes recién empiezan a salir, pero nosotros ya estamos por casarnos...

Esta vez fue Damián el que clavó una mirada de dolor y oscuro reproche en los ojos claros de ella.

—Me siento mal...—dijo Marcela, al fin.—Mejor nos vamos...

Ramiro no le prestó atención, e intentó iniciar una conversación con Damián, pero ella insistió: —Me siento mal.—dijo.

Y se levantó de la mesa.

Por esta vez, Ramiro la siguió. La noche ya se podía dar por terminada.

—Tuve miedo de decirte. Sabía que entre vos y Marcela... Yo te quiero, Damián. Más que ella, te quiero... .

Se arrepintió de haber dicho eso ni bien había terminado con la frase.

Había cometido un error.

—¿Ella me quiere?—preguntó él, ansioso. —¿Te lo dijo?

Ella dudó.

—No, nunca me lo dijo...

Era cierto. Por orgullo Marcela se había empeñado en negar el amor que obviamente sentía por Damián.

—... , pero me contó que cuando era chica había estado... No sé... Algo como que vos no le dabas pelota¹⁶⁰ y ella había decidido borrarse¹⁶¹ ...

Damián escuchó en silencio.

—Ahora está con Ramiro – insistió Marita. –¡No vale la pena!

¹⁶⁰ darle pelota a alguien: hacerle caso.

¹⁶¹ borrarse: hacerse a un lado.

—Yo la quiero .

—Lo sé .

—Me acerqué a vos porque la buscaba a ella.

—Lo sé .

—¿Y no te importa? .

—No. Yo te quiero, Damián. Y estoy dispuesta a todo por vos. A escuchar su nombre, como si fuera el mío. A entregarme a vos entera, aunque sepa que es a ella a la que verdaderamente le estás haciendo el amor... Estoy dispuesta a todo por vos, ¿entendés?. ¡A todo! Usame como te guste... Lo único que busco es consolarte...

Y Damián se dejó consolar.

Esa noche, por primera vez en su vida, Damián llevó a una mujer a su casa. Se había resistido a hacerlo, pero Marita no se merecía que la arrastrara a un hotel, en una noche tan importante para ella.

Al menos eso no se lo merecía. Ya se sentía bastante hijo de puta. Ambos sabían que iba a gozarla

sólo por acallar esa terrible sed de Marcela que tenía entre las piernas.

Ella comenzó a desabrocharse la camisa, sin esperar a que él tomara la iniciativa. No llevaba corpiño¹⁶², y cada botón dejaba al descubierto un poco más de sus pechos incipientes, jóvenes y firmes. Él los tocó, apenas rozándolos.... Y extrañó a Marcela.

Ella se dio cuenta y lo besó. Quería confundirlo. Quería evitar que se acordara.

Él comenzó a besarla con pasión, a recorrerla, a necesitar su cuerpo...

Y en ese momento sonó el teléfono.

—No atiendas, por favor...—rogó Marita.

Damián dudó.

El timbre volvió a sonar.

Y atendió.

Nadie le respondió del otro lado.

—Marcela, ¿sos vos?—dijo, intuyendo el silencio.

Marita se erizó.

¹⁶² corpiño: sostén, brassier.

—¿Marcela?—repitió él.

Cuando iba a cortar sintió la voz de Marcela que, ahogada por el llanto, preguntaba: —¿Porqué ella?

—¿Importa quien?

—No – contestó Marcela. Y cortó.

Damián se quedó en silencio, mientras Marita lo miraba, expectante. Finalmente fue ella la que reaccionó enfurecida.

—¡Que desgraciada!¹⁶³... Seguramente nos vió cuando entrábamos y...

—Marita...

Marita no quería oír.

—¡Marita! Vos sos su amiga. Vos sabés. Decime la verdad: ¿qué le pasa a Marcela conmigo?

—¡Que se yo que le pasa!

—¡Si! ¡Lo sabés!.. Lo tenés que saber...

Marita gritó.

¹⁶³ desgraciada: mala persona. Insulto grave.

—¿Qué querés escuchar?! ¿Que te quiere?. Sí, creo que te quiere... Pero la que está acá con vos soy yo, y no ella. Ella está con Ramiro..

A Damián le dolía, pero era verdad. Volvió a preguntar: —¿Porqué está con él?

—Al principio yo tampoco entendía. Pero después me di cuenta: es por la plata. Está con él por la plata...

—¿No!.. ¡Eso si que no!.. La conozco a Marcela y ella...

—¿La conocés?. ¿No te diste cuenta la cara que tiene cuando está con él?. No lo quiere, eso es obvio. Pero se va a casar igual... Un día me contó que en su casa tuvieron que vender los muebles para poder comer... ¡No sé! La cuestión es que a ella la plata le importa, y mucho. ¡Será un trauma!..

¿Tanto habría cambiado Marcela?, se preguntó Damián.

¿Cuántas otras cosas de ella se habrían modificado sin que él se diera cuenta?

Marita notó una sombra de duda en sus ojos, y pensó que todavía tenía una chance. Volvió a reclinarsse sobre Damián y comenzó a besarlo, mientras decía: —Sea por lo que sea, ella está con Ramiro, Damián. Y se van a casar...—Tomó la mano de él y la llevó hasta sus pechos. — Y yo estoy acá...

Él la miró como a través de un sueño.

Vió su pelo hermoso, su boca ardiente, sintió su respiración entrecortada, su mirada anhelante... Y reaccionó.

—Vestite—le dijo con autoridad, mientras le cerraba la camisa. — Vos te merecés algo mejor que esto, y yo no soy tan hijo de puta.

Marita hizo un último intento.

—Se va a casar... ¿Sos capaz de esperarla igual?.

Damián contestó sin dudar.

—Esta noche me di cuenta de que soy capaz de todo por ella..

Aquel había sido un día difícil para Damián . La noche anterior casi no había dormido, y ya hacían catorce horas que estaba operando.

Sin embargo, se sentía satisfecho. Mientras trabajaba, estaba muy ocupado para abandonarse a sus penas y, además, la última de las dos operaciones que había hecho le había permitido sentirse otra vez un verdadero cirujano. Como antes, cuando era pobre y la tenía a Marcela....

Había tenido que reconstruir la cara de un chico de seis años que había quedado atrapado entre los hierros del auto de sus padres. Y lo había hecho bien.

Cuando llegó a su casa, agotado, se sorprendió: la luz de la cocina estaba encendida.

Por un momento creyó que...

Pero no.

¡Era Alberto!

—¿Qué hacés acá?—se alegró Damián, mientras lo abrazaba.

—Volví.... Soy un perdedor. No tardé ni un mes en irme al carajo...

—¿Te quedaste sin guita¹⁶⁴? Habías estado juntando como por dos años...

—No... Guita me traje de vuelta. Me quedé sin ilusiones, que es distinto. Me fui a la mierda... ¿Qué carajo pensé que tenía que hacer yo en New York?. Ese no es lugar para un médico. ¡Ese es lugar para un fotógrafo!

¹⁶⁴ guita: dinero, plata.

Damián dudó en preguntar.

—Entonces Lola consiguió trabajo...

—En una semana. Lo tenía medio arreglado desde acá. Me llevó para que la bancara.¹⁶⁵ ..

—¿Y después...?

—Ya te dije. Me fui a la mierda¹⁶⁶ ... Ustedes tenían razón. Era una puta... – Alberto sintió un nudo en la garganta y cambió el tono por uno más despreocupado. – ¡Y además una sucia! ¡La mierda, que tipa desordenada!

Damián sonrió y, abrazándolo, le dijo: —Vení, vamos al boliche¹⁶⁷ de la otra cuadra a comer, que acá no hay nada. ¡Me muero de hambre!.. Y por la plata, no te preocupes: ¡yo invito!.. Ahora soy un potentado. ¡Hasta tengo una caja de ahorro y todo!..

Y los dos amigos se volvieron a encontrar.

¹⁶⁵ bancar a alguien: sotenerlo económicamente.

¹⁶⁶ irse a la mierda/ irse al carajo: darse por vencido frente a la adversidad.

¹⁶⁷ boliche: lugar de poca importancia donde se despachan y consumen comidas y bebidas.

—Y... al final no me casé gracias a ustedes. Creo que eso terminó de pudrir todo con Lola. Por algo que dijo me parece que ya se había hecho la idea de una pensión vitalicia a mi costa...

—¿Y ahora?

—Ahora todo vuelve a ser como antes. O mejor... Me encontré a Raúl en el aeropuerto. Dijo que tiene la oportunidad de figurar en la cartilla de algunas prepagas¹⁶⁸. Quizás por ahí se abre el negocio... Además, la vi a la hermana de Raúl. ¡No sabés como creció esa chica!.. Quién te dice, y sigo tus pasos...

—Espero que te vaya mejor que a mi..

—¿Qué pasa con mi hermana?

—¿Qué pasa con tu hermana?

—¿Porqué está con ese estúpido del escribano, y no con vos?

—Marita, la amiga, dice que es por interés...

¹⁶⁸ prepagas: sistemas privados de medicina que consisten en el pago previo de una cuota social.

—¿Por interés? ¿Por la plata, vos decís?. Está muy cambiada, es cierto. Hasta se viste distinto... Pero, no sé... ¿Vos que pensás hacer?

—Ramos Padilla me ofreció dirigir el centro de Miami...

—¿Y hacer solamente estética?

—Hay muy buena plata...

—¿Qué? ¿También a vos te interesa la plata, ahora?

—Si Marcela se casa, me voy. ¿Para qué voy a quedarme?

—Pero... ¿Y tu casa?

—Marcela es mi única casa...

—¿Y te irías hasta cuándo?

—Hasta que ella vuelva a necesitarme...

Ramiro casi la empujó del auto. Le gustaba sorprenderla. Le tapaba los ojos y la obligaba a caminar a tientas, con la excusa de acrecentar el misterio de alguna sorpresa estúpida.

Pero aquel día Marcela no estaba tan sumisa.

Había llorado toda la noche. Había llorado con todo su cuerpo, con todo su deseo, con todas sus ansias de mujer herida. Sabía que Damián había llevado a

Marita a su casa. Había imaginado una y otra vez sus dedos recorriéndola, como alguna vez lo había hecho con ella. Había sentido su pecho musculoso tensarse por el deseo... Pero no era a ella a la que había deseado: era a Marita. Había devuelto en su imaginación cada uno de esos besos de él, que ahora buscaban otra boca.

Tenía en su cuerpo el dolor de la ausencia y la traición.

La fuerza del odio, por no haber sabido evitar lo inevitable. Por no haber estado ella en casa de Damián la noche anterior. Por estar ahora junto a Ramiro.

Cuando sacó la mano de sus ojos, Marcela se encontró en un edificio desconocido.

—¡Lo compré!—dijo Ramiro, al fin. — ¡Es nuestro!

Confundida, Marcela miró el interior de un lujoso departamento, todavía sin terminar.

—Ahora podemos casarnos —insistió él.

—¡No te quiero!—gritó Marcela.

Ya no le tenía miedo. Lo peor había pasado la noche anterior. Ya nada la asustaba.

—¡No voy a casarme con vos!.. ¡Nunca!

Ramiro explotó en un segundo, con el odio a flor de piel. Furibundo, la agarró del pelo y comenzó a tirar, hasta casi tumbarla.

—¿Qué mierda dijiste, hija de puta?!

Había llegado el momento de lo que ella tanto había temido y tratado de evitar. La violencia de él estaba desatada. Y ahora que sentía el dolor apoderarse de todo su cuerpo, bajo la fuerza de aquel puño duro, extrañamente, no le temía. Nada de eso dolía tanto como haber perdido a Damián.

Logró soltarse brevemente, pero sólo para tener que soportar un nuevo ataque, aún más violento. La revoleó al piso y comenzó a patearle con fuerza la cara..., el pecho..., la espalda.

—¡ ¿Qué no me querés?!.. ¡Te compro un departamento, y no me querés!.. ¡Sos una mierda!— gritaba.

Seguía golpeándola sin compasión cuando por la puerta abierta entró el portero¹⁶⁹.

—¡Pará! ¡Dejala!.. ¡La vas a matar!..

¹⁶⁹ portero: encargado del edificio.

Comenzaron a forcejear, entre gritos.

Marcela se recuperó como pudo y, todavía mareada, tomó sus cosas del piso y se escapó.

El taxista la miraba de reojo por el espejo retrovisor. Ella lloraba quedamente. Estaba llena de sangre en la cara, y los moretones comenzaban a hincharse.

Tenía poca plata en la cartera¹⁷⁰, así que tuvo que bajarse una cuadra antes de llegar. En ese estado, todavía tambaleante, comenzó a caminar, rogando que nadie la viera. Finalmente, y con mucho esfuerzo, llegó a la puerta de su casa.

—Marcela .

La voz de Damián la sorprendió cuando estaba tratando de meter la llave. Tenía que entrar sin mirarlo. Ignorarlo por completo...

Pero no pudo. Era Damián.

Se dio vuelta.

¹⁷⁰ cartera: bolso de mano.

—¡ ¿Qué te pasó?!

Pudo intuir, por el horror en la voz de Damián, el estado de su cara.

—Chocó el colectivo – mintió.

Damián sintió su proximidad y su dolor.

—¿Estás bien?. ¿Te duele algo?. ¿Querés que te lleve al hospital?.

—No. Estoy bien...

Sólo quería estar con él, y echarse a llorar en sus brazos.

Damián comenzó a examinarla, con la pericia de sus años de guardia.

—¿Cómo es que nadie te vió esto?. Hay que hacer placas¹⁷¹ ..

—Por favor...

Damián tomó la llave de sus manos, y abrió la puerta.

—¡Julia!—llamó al entrar.

¹⁷¹ placas: radiografías, rayos x.

Pero Julia no contestó...

Estaban solos.

—Andá a tu cama – le dijo, con autoridad. – Voy a revisarte.

Marcela entró a su cuarto anhelante. Ya no le dolían los golpes. Sólo quería estar con Damián.

Él entró y comenzó a examinarle la cara. Había traído alcohol y gasas del baño.

Suavemente empezó a limpiarle la sangre y a curarla. Ella cerraba los ojos y sólo sentía su proximidad. Su calor.

Él estaba sentado del lado derecho de la cama. Ella del izquierdo. Ambos enfrentados. Uno junto al otro...

—Son marcas muy raras...—dijo, sintiendo la caricia de su respiración. – Alguien te debe haber pisado en el choque...

De repente miró su cuello. Las marcas continuaban.

—Desabrochate la camisa, por favor...

Marcela lo obedeció.

La marca se extendía más allá del costado de su cuerpo. Él la ayudó a terminar de desabrocharse y, con delicadeza, comenzó a palpar su pecho por encima del corpiño. Sintió la reacción de ella al sentirlo... Y perdió la cabeza.

Comenzó a besarla, mientras la acariciaba con suavidad. Ella también lo besaba, con deseo, con pasión, con toda la furia contenida de aquella noche en vela, en que lo había sabido en brazos de otra.

Su perfume comenzó a invadir a Damián. Su calor. Su debilidad. Y sus manos dejaron de jugar al doctor para buscarla, para sentir sus pezones tensos, su vientre, sus piernas tibias, su...

En ese momento se escuchó la cerradura de la puerta de calle.

Damián pegó un salto. Marcela seguía aferrada a él, perdida en ese deseo nuevo que se apropiaba de su cuerpo, jadeante. Confundida.

—Llegó tu mamá—dijo él, mientras trataba de anclar su cabeza y su sexo. – Tapate.

Marcela se sobrepuso y comenzó a abrocharse la camisa, avergonzada, mientras con la otra mano intentaba arreglar su falda.

—Marcela, yo...—dijo, despreocupadamente, Julia al entrar.

Se sorprendió al ver a Damián allí.

—¿Qué hacés vos acá?—pregunto, entre sorprendida y desconfiada.

¿Qué pasaba en su casa cuándo ella no estaba?. Y esa chica que estaba por casarse: ¿había perdido la cabeza?

Damián leyó las dudas en los ojos de Julia y se apuró a contestar.

—Marcela está muy bien, pero tuvo un accidente. Chocó el colectivo en que viajaba.... La estoy revisando...

Julia no había mirado a su hija, y al hacerlo reaccionó. Damián comenzó a tranquilizarla. Su salud no corría peligro. Sólo necesitaba reposo...

Pero Julia no era tonta. Un poco inocente, podía ser, pero no tonta. Ahí había pasado algo más... — ¿A que juega mi hija?—, pensó.

Alberto se extrañó por la hora, cuando oyó la voz de Damián por el portero¹⁷². Y al verle la cara se sorprendió más. Parecía nervioso, inquieto... Vivo. Hacía tiempo que no lo veía así.

¹⁷² portero: portero eléctrico.

—¿Qué pasó? ¿Te caíste de la cama?

—Marcela tuvo un accidente y ...

—¿Le pasó algo?—preguntó preocupado.

—No. Por lo que se ve a simple vista, nada. Habría que hacerle un par de placas, de todas maneras...

—¿Te parece que vaya a verla ahora? Porque...

—No, no. No es necesario. Ya la vi yo...

—Ah...

Alberto miró a su amigo con recelo.

—¿Y a vos?. ¿También te atropelló un colectivo?—le preguntó, al fin.

—Sí – contestó Damián, sin dudar.

Y tomó confianza.

—Mirá, yo se que no es precisamente a vos a quien le tendría que contar ésto, pero... ¡sos mi amigo! Yo no tengo la culpa de que además seas el hermano de Marcela...

—¡Uh...!—exclamó Alberto, en su categoría de cuñado. – Como presiento que ésto no me va a gustar..

—No, no te va a gustar...

—¿Qué hiciste con mi hermana?

—¡Todo!.. Bueno, en realidad, nada, porque en ese momento llegó tu mamá. Pero si ella no venía...

—¿Y justo lo tenían que hacer en casa?!— protestó, no muy convencido Alberto. —¿No tenían otro sitio?. Si los pescaba la vieja se moría del infarto ahí mismo...

—¡Ya sé!.. Y casi nos pescó... Pero, ¡no sé! Perdí la cabeza. Vos sabés lo que me pasa cuando estoy con Marcela...

—¿Y el tal Ramiro?

—No sé. Y eso es lo que me está matando. Esto que nos pasó, nos pasó a los dos. Ella quería tanto como yo.... Me buscaba, ¿entendés?.

—Sin tanto detalle, por favor... ¡Es mi hermana!

—Sí, ya se que es tu hermana, pero... Decime, ¿vos no sabés si todavía es virgen?.

—La verdad que no sé... ¡Yo no hablo esas cosas con ella!.. Aunque después del noviazgo con ese Ramiro..., no creo..

—Yo pensé lo mismo...—dijo Damián apesadumbrado. — Y no por ella, te juro. Porque yo sé que ella quería llegar virgen al matrimonio... ¡Pero ese tipo! La verdad es que a ese fulano no le tengo nada de confianza...

—Pero no entiendo... ¿Qué tiene que ver que ella sea virgen o no?

—¡Todo!.. ¡Todo tiene que ver!.. Ella sale con este tipo, ¿no? Y se va a casar. Porqué mierda se va a casar no lo sabemos, pero no importa... Y, entonces, llego yo. Y ella me deja hacer. Me busca, me...

—Sin detalles...

—¡Sí, sin detalles!.. Ahora, mi pregunta es: ¿ella sabía lo que estaba pasando?

—¡Por supuesto! ¡No va a ser tan dormida!..

—No sé. Había algo en su mirada cuando nos separamos... No sé si sabía... Creo que no. Creo que se dejó llevar por lo que siente por mí, como yo me dejé llevar, ¿entendés?

—¿Pero, dónde pega¹⁷³ el tal Ramiro en todo esto?

—Ahí va mi segunda pregunta: ¿vos no sabés si todavía está con él?. Porque si todavía está con él, y sabía exactamente lo que estaba pasando esta tarde... ¡No! ¡Eso no es, seguro!.. Y si todavía está con él, pero se dejó llevar por lo que sentía por mí... Entonces tenía razón Marita: me quiere, pero está con él por la plata... Y si ya no está con él... ¿para qué voy a perder el tiempo hablando con vos? ¿No te parece?.

¹⁷³ pega: en la frase, encuadra.

Alberto ya tenía la cabeza hecha un lío.

—¿Por qué no vas y se lo preguntás, derecho viejo¹⁷⁴?

—Porque necesito que primero averigües vos. No quiero meter la pata¹⁷⁵ otra vez. No quiero perderla de nuevo... ¡Dale!.. ¿La vas a ir a ver?

—¡Está bien!—contestó de mala gana.

—¿Cuándo?

—No me apures...

—¿Te vas a acordar de preguntarle...?

Alberto lo echó de su casa. ¡Pensar que antes de enamorarse Damián había sido un tipo inteligente, y todo!..

Alberto asomó la cabeza por la puerta.

—¿Se puede?. ¡Uy...! ¡Como estás!..

—No es nada—dijo Marcela.

¹⁷⁴ derecho viejo: directamente.

¹⁷⁵ meter la pata: cometer un error.

—No creas... Por lo que me contaron me parece que el golpe te afectó la cabeza...

Marcela lo miró desconcertada.

—¿Porqué lo decís?

—Decime nena: ¿todavía no te enseñaron que no se juega con fuego?

—¿A que te referís?

—No te hagas la idiota. Hablé con Damián...

Marcela ardió de vergüenza.

—... Si no venía mamá a tiempo...—continuó Alberto, —... ¡acá pasaba de todo!

—¡No! ¡Eso no es cierto!—se defendió Marcela.

—Pero Damián me dijo...

—No sé porqué te lo dijo, pero no es así.

Alberto la miró de reojo. Parecía sincera.

—Decime nena... Me siento incómodo hablando de ésto con vos, pero... Decime: ¿vos sos virgen, todavía? No me contestes si no querés...

Marcela se ofendió.

—¡Por supuesto que lo soy! ¿No me conocés?

—Pero..., con Ramiro no...

—¡Nunca!

—Bueno, pero igual vos ya has tenido dos novios y..., una cosa lleva a la otra y..., digamos que uno toma temperatura y...

—Yo no soy así...

—¿A qué te referís?

Marcela callaba por vergüenza. Alberto también sentía pudor.

—Siempre me dijeron... Me refiero a Nacho y a Ramiro... Bueno, yo no soy muy... Soy un poco... “fría”..

—¡Que! ¡No digas estupideces! No hay mujeres “frías”; ¡hay tipos apurados, que es distinto!..

Alberto reflexionó, y continuó.

—Así que con ellos eras fría... Pero con Damián no lo estuviste tanto..

—Con Damián es distinto—dijo, mientras bajaba la cabeza.

—¿Por qué?

Los ojos de ella se iluminaron.

—¿Y dónde queda el escribano en todo ésto?

—¡Ramiro se murió¹⁷⁶!

—¿Segura?. Porque mirá que...

En eso entró Julia, conduciendo a Damián.

Alberto y Marcela se callaron.

—Mirá quien te vino a ver...—dijo Julia.

—¿Cómo estás?—preguntó tímidamente Damián.

—Mejor—respondió ella, poniéndose tan colorada como si él le hubiera dicho una grosería.

Alberto se acercó a su madre y la tomó del brazo, para llevarla fuera de la habitación.

—Vamos, vieja. A la cocina. – Y cuando ya estaba saliendo, se dirigió a Damián y le dijo: —¡Ah! Y aquello que me preguntaste: a la primera pregunta la respuesta es sí, y a la segunda, no. ¡Ahora espero que te acuerdes el orden, porque si no vas a hacerte un lío!—le dijo divertido. Y saliendo del cuarto, comenzó a gritar: —A ver, vieja, si me hacés unos buenos mates, porque allá en Estados Unidos...

¹⁷⁶ se murió para mi: dejó de importarme.

El vozarrón de Alberto se perdió en el pasillo y Damián y Marcela quedaron solos.

—¿Cómo estás?—volvió a preguntarle Damián, mientras se sentaba en la cama junto a ella y comenzaba a revisarle los golpes.

—Ya no duele.

Él trataba de ponerse serio, pero su felicidad lo traicionaba.

—¿Y el escribano?

—Se murió.

Damián la miró directo a los ojos.

—¿Estás segura?

—Yo lo maté.

—Sabés que me lastimaste mucho—dijo él, con tono de reproche.

—Sabés que me lastimaste mucho—respondió ella.

—No voy a hacerlo nunca más. ¡Te quiero!

Y a Marcela se le iluminó el corazón. ¡La quería! No solamente “le pasaban cosas”, no solamente la besaba o la deseaba: ¡también la amaba!

Y estaba dispuesto a decirlo.

—¡Yo también te quiero!—le dijo ella.

Y empezaron a besarse con ternura, mirándose a los ojos entre beso y beso. Riendo y llorando.

—¡Vamos a decírselo a Julia! – propuso Damián.

—No, no... Mejor no..

Damián se sorprendió.

—Es que prefiero decírselo yo mañana, cuando estemos solas. Creo que mamá se merece varias explicaciones...

—Yo también merezco algunas...

—¿Si?—preguntó ella divertida, mientras lo besaba.

Él le devolvió el beso, pero Marcela se soltó para preguntar: —¿Porqué le dijiste a Alberto que ayer casi...?

Agachó la cabeza y no terminó la frase.

—Porque ayer, casi. Vamos a tener que casarnos cuanto antes, porque yo pierdo la cabeza rápido y me parece que vos... también.

—¡No!—protestó ella.

—¿No?—dijo él. Y comenzó a besarla apasionadamente. Y ella no supo o no quiso pararlo.

Desde la puerta, Alberto carraspeó.

—¡No se los puede dejar solos!—se quejó, mientras empujaba a Damián afuera de la cama y del cuarto. Los dos amigos jugaban a forcejear, y al salir, Alberto simuló ahorcar a Damián, mientras en un tono pretendidamente grave le decía: —Si me tocás a la nena antes del matrimonio “sos boleta”¹⁷⁷ ..

Los dos rieron.

Como antes.

—¡Ramiro!

Julia no entendía nada.

Primero Marcela y Damián eran novios. De un día para el otro apareció Ramiro y Damián ni pisaba la casa. Después vino de nuevo Damián.... Todos con cara de alegría y a ella, como siempre, sin decirle nada. ¡Para qué!.. Ella había creído que...

¡Y ahora aparecía Ramiro!

Marcela le había dicho que le tenía que hablar antes del desayuno, pero ahora iba a tener que explicarle mucho más.

¹⁷⁷ sos boleta: estás muerto, voy a matarte.

Ramiro se apuró a besarla en la mejilla. Parecía expectante, como temeroso de la reacción de ella.

—¿Te enteraste del accidente?—le preguntó Julia.

—¿Accidente?—se sorprendió él.

—Sí, lo del choque del colectivo. Vos no la viste a Marcela por estos días, pero está a la miseria¹⁷⁸.

—¿Choque?—dudó él. —¡Ah!.. Sí. ¡El choque!.. Ella me contó..

Ahora la extrañada era Julia.

—¿Cuándo, si no se levantó de la cama?

—Me habló por teléfono...—mintió Ramiro. — Yo no pude venir porque andaba de viaje... Pero sé que ustedes me cuidaron bien a mi novia. ¡Con tantos médicos cerca!.. ¿Cuándo dijo Damián que podía levantarse?.

—Justo ahora se está vistiendo... —. Julia dudó: — Aunque me parece que no te esperaba... Es más, escuché que dentro de dos horas la pasaba a buscar Damiancito para llevarla a hacerse unas placas...

¹⁷⁸ a la miseria: en mal estado.

—¡Que buen tipo es ese Damián!.. Claro, ellos no sabían que yo iba a venir. Pero, ya ves, acá estoy. Y ahora me la voy a llevar yo..

—¿Pero, no sería más conveniente...?—volvió a dudar ella.

—¡No!.. Es que no tenemos tiempo. ¡Si tenemos la fecha del casamiento encima! ¿No te dijo nada Marcela?

—¡A mi nadie me dice nada en esta casa!

—¡Nos compramos un departamento!

—¡¿Cómo?!.. No sabía nada..

—Es que la verdad es que estábamos un poco peleados. Por eso no te debe haber dicho. Me parece que ella quería algo más grande, aunque, no te creas, son ciento cincuenta metros en la Av. Libertador¹⁷⁹. ¡Me salió una fortuna!

—Me alegro—dijo Julia.

Mentía.

¹⁷⁹ avenida del Libertador: lujosa avenida que zurca Buenos Aires.

—¿Qué estás haciendo acá?!

Marcela había visto el reflejo de Ramiro mientras se peinaba frente al espejo, y había tenido que girar para confirmar que sus ojos no la engañaban.

—¿Todavía tenés la cara¹⁸⁰ de venir, después de lo que me hiciste?!—Ya no le tenía miedo y podía enfrentarlo.

—¿Yo?. Estás equivocada. Chocó el colectivo en que viajabas, ¿no te acordás?—dijo él, mientras la rodeaba para poder sentarse en la cama.

—Quise evitarle el disgusto a mi mamá...

En realidad había querido evitar que Damián se enterara. Sabía que era capaz de cualquier cosa por ella.

—..., pero todavía estoy a tiempo de hacer la denuncia policial, así que andate antes de que me arrepienta...

—¿Así echás a tu novio?

—¡Vos no sos mi novio!

¹⁸⁰ tenés la cara: tenés el atrevimiento.

Quiso echarlo por la fuerza, pero él le tomó el brazo y, doblándoselo, le dijo: —¡Ah, ¿no?! ¿Querés ver cómo cambiás de opinión?

Y diciendo ésto la empujó a la cama.

—¡¿Me vas a pegar más?!—lo enfrentó, a pesar del dolor que todavía sentía en todo el cuerpo.

—¿A vos?—dijo él, tranquilamente. —¿Así?. Mirá que fea que quedaste. Así no te pego más...

Le acarició los moretones contra la voluntad de ella, que volteó la cara al sentir su contacto.

—... tiene razón mi viejo. No hay que dejar marcas..

Mientras decía ésto había tomado su teléfono celular y había marcado un número.

—¡Hola! ¿Sí?. ¿Clínica del Dr. Ramos Padilla?. Ah, sí, mire, es para informarle que el Dr. Damián Lavalle ha tenido un inconveniente con su auto...

El terror volvió a apoderarse de Marcela.

—No, no es nada serio... La tapa del distribuidor. Pero él acaba de llegar al mecánico, y tiene como para dos horas más, así que avísele a la familia Recalde que la operación va a tener que posponerse... ¿Porqué no le informa al Dr. Prado? Si, aguardo...

Ramiro puso el celular en el oído de Marcela, que había quedado paralizada.

Desde el otro lado del teléfono la voz fría de una secretaria contestó: —*Sí. Parece que el Dr. Lavalle ya había informado de la demora...*

Ramiro volvió a hacerse cargo del celular.

—Ah..., entonces ya pudo comunicarse. Bueno, gracias. Y disculpe la molestia... —. Cortó.

El corazón de Marcela latía desbocado.

—Yo le dije a Damiancito. Tiene que comprarse un auto importado. Hoy es la tapa del distribuidor, mañana... ¡quien sabe! ¡Imaginate si tuviera un accidente!.. Un cirujano como él... Bastaría una pequeña lesión en sus manos y... ¡chau carrera!

Marcela reaccionó y se abalanzó sobre Ramiro. — Sí le hacés algo a Damián te mato!

Él la dominó fácilmente. Era un hombre muy fuerte.

—Vos estás equivocada conmigo—le dijo. — Yo no le hago nada a nadie. Nunca tuve un problema policial. Yo soy un escribano, no un mafioso...

Marcela comenzó a llorar.

—Ahora empezá a vestirte. No hay tiempo que perder... Después de todo, dos semanas son poco para preparar un buen casamiento...

—Ahora, decididamente, no entiendo nada—pensó Julia al ver a Damián en la puerta.

—¿No me decís nada?—le dijo él, sonriente.

—No se que tengo que decirte...

Damián se puso serio.

—¿No te habló Marcela esta mañana...?

—No. Me dijo que tenía que hablarme, pero después vino Ramiro a buscarla y...

Damián se convulsionó.

—¿Cómo Ramiro?

—Sí, Ramiro.... Parece que se había ido de viaje. O estarían peleados, andá a saber, porque parece que ella no estaba conforme con el tamaño del departamento...

—¿Departamento...?—repitió incrédulo Damián.

—Sí. Se compraron un departamento. Imaginate que parece que dentro de dos semanas se casan... , ¿vos sabías?

Damián no quería escuchar más. Dolía demasiado.

—¡Ah! Ahora que me acuerdo... Marcela dejó un mensaje para vos: dijo que mejor ya no la esperes...

Cuando Alberto vió la cara de Damián a través del vidrio, supo inmediatamente que algo había pasado.

—¿Y ésto?—le preguntó al salir a su encuentro.

—Tengo que hablar con vos. Tengo algo que contarte. Pero primero tenés que jurarme que por ningún motivo, ninguno, ¿me entendés?, por ningún motivo le vas a contar algo de lo que te diga a tu hermana...

—Está bien...—dijo Alberto, intuyendo que todo estaba muy mal.

—¿Está bien, qué? – insistió Damián. —¿Me lo jurás?

—Sí, hombre. ¡Te lo juro! ¡O querés que traiga la Biblia...!

—No, con tu palabra alcanza...

Por un momento Alberto se hizo a la idea que su amigo iba a enterarlo de algún hijo que tenía oculto por ahí, por eso se sorprendió cuando le oyó decir:

—Me voy.

—¿Adonde?

—A Miami. Voy a dirigir el centro de Ramos Padilla..

—¿Y te vas a llevar a Marcela hasta allá? Mirá que tiene que terminar la carrera y...

Damián lo interrumpió.

—Voy solo.

—No entiendo...

—¡Yo tampoco entiendo!.

Él ya no estaba tan seguro de querer que Marcela llegara virgen al matrimonio. Si bien sentía gran placer en aquel juego de controlarla, todo el asunto ya se estaba poniendo un poco aburrido, además de costoso.

Tenía que someterla, y sólo lo lograría con un hijo. Únicamente eso iba a sacarle de la cabeza al tal Damián.

—Cuanto antes, mejor—pensó Ramiro. – Además, en estos dos días pueden haber pasado muchas cosas, y siempre es oportuno comprobar el estado de la mercadería antes de comprar...

Entonces comenzó a besarla con pasión. Marcela cerraba los ojos, apretaba la boca y trataba de no pensar. Él se agitaba, mientras ella buscaba en su

mente una salida que la alejara definitivamente de aquel tormento, sin poner en peligro aquello que más quería.

Ramiro empezó a deslizar su mano entre las piernas de ella, y Marcela lo rechazó. Él insistió, y comenzaron a forcejear. Ella se defendió ferozmente, lastimándolo, lastimándose... Entonces él levantó su puño para descargarlo con furia, pero lo detuvo en el aire.

—No, no quiero que estés marcada para el casamiento... Igual, faltan solamente dos semanas...— dijo con desprecio. — Puedo esperar—.

Damián estaba muy lastimado como para hablar, y Osvaldo respetaba su silencio. No tenía una idea clara de lo que estaba pasando en la vida de su amigo, ni el porqué de aquella huida del país, tan precipitada. Pero conocía a Damián, y si él lo había decidido así, seguramente era lo correcto. Seguramente habría mezclada alguna mina en su decisión, pero no iba a preguntar. Hay cosas de las que los hombres no hablan.

Damián miró el reloj de la ventanilla de Aerolíneas. Eran las seis de la tarde. En dos horas y media salía su avión para Miami. Se hubiera podido decir que se le partía el alma de dejar atrás su vida, su historia, sus

afectos. Pero no era así. Y es que no se puedo partir lo que ya no se tiene.

Había vuelto a perder su alma.

Cuando Alberto abrió la puerta de la cocina, una punzada golpeó su estómago.

¡Ahí estaba Marcela....! Marcela... ¡Eran todas iguales! Marcela, Lola... Cuando se les acababa la calentura sólo les quedaba esa oscura carcaza de putas interesadas... ¡Mujeres!

Gruñó un saludo a su madre, y se sentó sin mirar a su hermana.

Ella tampoco tenía ganas de enfrentarlo.

El silencio, tan raro en casa de los Bianchi, era intenso.

—¡Qué tiempo loco!—dijo Julia, mirando a la ventana.

—No es lo único loco en esta casa...—masculló Alberto.

—Hoy llovía y había sol al mismo tiempo—siguió la conversación su madre, ignorándolo. —Seguramente se casa una vieja...

—O una puta...—volvió a intervenir él, mirando de reojo a Marcela.

Ella no pudo evitar sentirse tocada, y le devolvió la mirada con dolor. Pero calló.

—Mejor—, pensó él. No tenía ganas de discutir...

Pero en su interior, ardía. Miraba a aquella desconocida sentada a la mesa familiar, a aquella mujer barata vestida ahora con ropa cara, y se preguntaba dónde había quedado aquella hermanita maravillosa, a la que tan concienzudamente había ayudado a criar al morir su padre... Mal. La había criado mal, de eso no había ahora duda... ¡Pensar que apenas pocos días atrás se había conmovido por la inocencia de Marcela! Pero, obviamente, él no era el mejor para juzgar a las mujeres. Todavía le dolía la traición de Lola en la piel. ¡Todas eran iguales!

—¡Son casi las siete!—se sorprendió Julia. —¡Qué barbaridad, como pasa el tiempo!.. Tengo que irme o llego tarde a la Misa... ¿Vos, Alberto, te quedás a cenar?

—No... Creo que hoy se me atragantaría la comida...

La madre no lo comprendió, pero ya estaba resignada a no entender a sus hijos, así que, sin preguntar, lo besó y se fue a rezar por el casamiento de su hija. Aquel casamiento que tampoco terminaba de entender.

Alberto volvió a mirar el reloj. ¡Las siete! En una hora más Damián se iba. Era curioso que no le hubiera costado tanto su propia partida, cuando había decidido dejar todo atrás de la mano de Lola, como le dolía ahora la separación de su amigo.

Siete y dos minutos. Ya no tenía más nada que hacer ahí..., y con Marcela prefería ni hablar.

Así que simplemente se puso de pie e intentó irse.

La voz de Marcela lo detuvo.

—Yo no soy una puta.

Alberto se dio vuelta y la enfrentó. Pero pensó que no valía la pena contestarle, y se fue.

Marcela se quedó sola, llorando en la cocina. Sentía que todas las palabras que callaba la estaban ahogando, y que ya no iba a resistir mucho más.

Siete y diez...

Alberto irrumpió en la cocina y le gritó: —Y si no sos una puta... ¿qué mierda te pasa?

Marcela agachó la cabeza. Dudaba. Sentía una terrible necesidad de descargarse, pero tenía mucho miedo de hablar. Tenía mucho miedo de que le pasara algo a Damián. Mil veces prefería perderlo..., aunque eso significara perderse.

—No puedo decirte...—dijo al fin, sin mucha convicción.

Alberto se enfureció aún más.

—¿Qué razón me vas a dar para haberle reventado¹⁸¹ la vida así a Damián... , ¿los metros cuadrados de un departamento?.

Marcela lo miró, sorprendida.

—¿Creés que fue por eso?

—¿Y entonces?—Todavía él estaba furioso.

Marcela agachó la cabeza.

—No te puedo contar...

—¡No, claro!.. No me podés decir que, aunque estás re-caliente con Damián, no te podés bancar¹⁸² que no tenga un mango¹⁸³. No me podés decir que, aunque el pobre Ramiro te importa un pito, ya te acostumbraste al lujo... Que lo único que querés ahora

¹⁸¹ reventado: destruído.

¹⁸² no te podés bancar: no podés tolerar.

¹⁸³ un mango: un peso. En la frase, que no tenga dinero.

es echar buenas y ser la Sra. de Prieto, cagues a quien cagues...

Marcela se indignó, y las palabras comenzaron a estallar en su boca.

—¡El pobre de Ramiro! ¡¿Pero vos tenés alguna remota idea de quien es el “pobre de Ramiro”?!..

No. Debía callar.

¡Pero reventaba!

—¡¿Querés saber?! ¡Te voy a decir! Pero antes tenés que jurarme que nunca se lo vas a contar a Damián..., pase lo que pase...

Alberto recordó el otro juramento que había hecho aquel día. Miró su reloj: eran las siete y cuarto.

—¡Dale!, lo juro. Pero apurate...—dijo, al fin. Y entonces Marcela habló.

Habló del compromiso, del miedo, del horror. Habló de lo que escondía la fortuna de los Prieto.

Y habló de Damián. De los celos. Del miedo. Del amor. Y del miedo, otra vez.

Alberto la escuchó atentamente, quizás por primera vez en su vida. Escuchó sus dudas de mujer joven, criada para depender de hombres, criada para callar y respetar. Educada, mal, como se daba cuenta en ese

momento, por Damián y por él. Enseñada sólo a satisfacer deseos ajenos y olvidar los propios.

La miró y sintió lástima por ella.

Pero no era tarde, todavía.

El reloj marcaba las siete y media.

—Ponete un abrigo y peínate, que me tenés que acompañar...—le dijo él.

—¿Adónde?

—Eso no importa. No imaginarás que después de lo que me contaste te voy a dejar sola para que ese idiota termine de molerte a palos... Eso sí: no tardes más de diez minutos. Mientras tanto yo tengo algo que buscar...

—¿Pero a donde vamos?

—Al aeropuerto..

—Pero es muy tarde...

—Sí.—dijo Alberto, pensativo— Ya es muy tarde...

Ocho y cuarenta.

Damián miró a su amigo Osvaldo. Se sentía culpable.

—En serio: ¿porqué no te vas? Todavía, ni siquiera, aparece el vuelo en pantalla..

—No. Te banco¹⁸⁴. Además, apenas son veinte minutos de demora... —. Osvaldo miró hacia la entrada. —¡Che!, ¿ese no es Alberto?

Damián vió lo que no quería ver: Alberto arrastrando a Marcela. — Parece que faltar a la palabra es un mal de familia—pensó, amargado.

—¡Llegamos!—dijo Alberto, al fin.

Marcela no entendía nada, pero empalideció cuando lo vió a Damián con una valija.

—Te vas...—le dijo ella. El dolor brotaba del fondo de su voz...

Damián casi ni la miró, y le reprochó a Alberto.

—Me juraste que no ibas a decirle...

—Y no le dije nada, boludo—se defendió él. — La traje hasta acá, pero no le dije nada. La traje para que te cuente...

Entonces fue Marcela la que protestó: —Me juraste que no ibas a decirle.

¹⁸⁴ te banco: en la frase, te acompaño en la molestia .

—¡Y dale con los juramentos!—dijo Alberto. — Yo no le voy a decir nada. Vos tenés que hacerlo... No ves, idiota, que lo perdés... Se va, nena... Se va para siempre..

Marcela miró a Damián conmovida, y él se rindió a aquella mirada.

Pero Alberto dijo aún algo más a su amigo, mientras arrastraba a Osvaldo a una pequeña oficina: —¡Ah!, y de paso, ¿porqué no le preguntás como se llamaba el colectivo que le pasó por encima?

Damián la miró y comprendió. Y por primera vez vió en sus ojos el terror.

—¡Yo lo mato!—dijo, enfurecido. —¡Yo no me voy! ¡Yo lo mato!

Marcela forcejeaba para disuadirlo.

—No... Te tiene vigilado... El que puede matarte es él...

Damián se detuvo por un momento. Miró de nuevo a los ojos de ella, y atrás del miedo vió todo el amor que le tenía. Y en esos ojos, otra vez, recuperó su alma.

—Bueno, me imagino que a esta altura ya estará todo resuelto—dijo Alberto, a su espalda.

Lo miró a Damián y le preguntó: —Vos la querés a ella, ¿verdad?

Damián miró a Marcela con toda la profundidad de sus ojos negros, y respondió:

—Sí, la quiero.

Y ahora Alberto se dirigió a Marcela: —Y vos lo querés a él, ¿no?

—Lo quiero—, dijo ella, perdiéndose en aquella mirada.

—Bueno—insistió Alberto—Entonces aquí les doy mi regalo de casamiento..

Marcela y Damián lo miraron, sorprendidos.

—Un pasaje para Marcela; el pasaporte que tanto protestó cuando la obligué a sacarlo para que me fuera a visitar. Ya está hecho el pre- embarque.

Le alargó un sobre a Damián.

—Y aquí van diez mil dólares, pero esos sólo en calidad de préstamo. Considerando que a la chica te la mando sin ropa... , aunque no creo que esa sea la peor parte... Eso si...—dijo, por último, Alberto. — Se casan ni bien lleguen a Miami... Por la vieja, digo...

Osvaldo miró preocupado.

—¡Che! Es el último aviso para embarcar. ¡Van a perder el avión!

Corrieron a la escalera mecánica, más allá del cerco que separa los pasajeros de los visitantes.

Damián y Marcela ya habían entregado sus boletos de embarque y habían comenzado a ser trasladados por la escalera mecánica al piso superior, cuando un pequeño tumulto llamó su atención.

—¡Marcela!—gritó una voz de hombre sin pudor, con tono autoritario.

La muchacha sintió que las piernas le flaqueaban. Era Ramiro. Ya casi una sombra en su pasado, pero una sombra poderosa, capaz de cubrir con su venganza a su madre o a su hermano. Sobre su hombro, sintió que el brazo de Damián comenzaba a crisparse. No había pensado en él...

—¡Ramiro!.. ¡Ahora lo mato!—murmuró enardecido Damián. Y comenzó a bajar la escalera mecánica, que se empeñaba en subir, para ir a su encuentro. Marcela, aterrada, trataba de detenerlo...

Pero ya era muy tarde.

Damián sentía que todo el odio se apoderaba de él. Ya no entendía razones. Todo parecía transcurrir ante sus ojos en cámara lenta. Veía, como en un sueño, como Ramiro, evidentemente fuera de sí, era sostenido por las autoridades de la aerolínea que le impedían el paso a aquella zona reservada. Y recordaba. Recordaba los terribles golpes lastimando la delicada piel de Marcela. Tampoco podía olvidar el miedo en sus ojos.

Damián sintió que lo sujetaban. Pero su furia era más poderosa.

Uno y otro forcejearon con los que los retenían. Eran como dos huracanes ansiosos por chocar. Damián, azuzado por los insultos del otro, ya casi lo estaba alcanzando cuando sintió la voz del comisario de a bordo: —Señor, si no sube pierde el avión—le dijo con autoridad.

Y Damián se detuvo. Miró a los ojos de Marcela y volvió a ver el miedo. Pero también vió los de Alberto, y una mirada del amigo bastó para entenderse. Recordó entonces que Osvaldo era médico en el hospital de la policía, y que el mismo Comisario General le debía muchos favores.

Y entonces miró a Ramiro. Fijamente. Duramente... Y sonrió.

—No.... No te voy a matar—dijo con satisfacción.

Y tomando a Marcela por la cintura la besó y la condujo escaleras arriba. Los presentes aplaudieron, mientras Ramiro seguía insultando a sus espaldas.

FIN

Otras obras de Clara Voghan
disponibles en Internet

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbese a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.